1er Apte.

FELIPE SASSONE

LA ENTRETENIDA

COMEDIA EN TRES ACTOS

BIBLIOTECA
HISPANIA
S.A. EDITORIAL
CID 4 MADRID

PUBLISHED IN SPAIN

4174

1er Acto

LA ENTRETENIDA

Archivo de Alfredo Barbero

FELIPE SASSONE

LA ENTRETENIDA

COMEDIA EN TRES ACTOS

ESTRENADA EN EL TEATRO CÓMICO, DE MADRID,
LA NOCHE DEL DÍA 1.º DE FEBRERO DE 1924.

BIBLIOTECA HISPANIA
CID, 4 MADRID
1924

Es propiedad.
Queda hecho el depósito que marca la ley.
(Copyrigh by Felipe Sassone.

Sucesores de Rivadeneyra (S. A.).—Paseo de San Vicente, 20. MADRID

Dedicatoria.

A todas las mujeres buenas que, por virtud, por necesidad o por miedo, soportan lo insoportable, su verdadero amigo,

Felipe Sassone.

Digitized by the Internet Archive
in 2014

https://archive.org/details/laentretenidacom518sass

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
Coralito Jiménez.....	María Palou.
Araceli.....	Ana Leyva.
María.....	Pilar Jiménez.
Una doncella.....	Enriqueta Charlán.
Don César de Hinojosa (Marqués de Villalibrada).....	Ramiro de la Mata.
José Fernando.....	Teófilo Palou.
Diego Arteta, (Vizconde de Casañal).....	Julio Costa.
Rafael.....	Fulgencio Nogueras
Frasquito.....	Alejandro Navarro.
Paco Gorrón.....	Rafael Benítez.
Nito.....	José Alburquerque.
Manolo de Casaortega.....	Julián P. Avila.
Santos Alegre.....	Joaquín Más.
Un Maître de hotel.....	Rafael Benítez.
Un criado de hotel.....	Antonio Mazo.
Chabelita.....	Irene Más.
Un mozo.....	N. N.

ACTO PRIMERO

675429

La escena representa un salón elegante; *panneaux* cremas; madera blanca y oro. Muebles dorados, de cualquiera de los Luises XIV, XV o XVI. Dos puertas al foro, a los extremos, con dos arcos de medio punto, iguales; altas, dos metros; anchas, uno. Los huecos sólo con sus regruesos. La del extremo izquierdo da a un pasillo que conduce a la calle. La de la derecha, a otra sala de la casa, de la cual se verá parte. Entre ambas puertas hay una distancia de tres a cuatro metros. Desde las puertas a la embocadura, unos tres metros. Entre ambas puertas, formando chaflán hacia atrás, y a un metro de distancia hacia dentro, corre un cierre de cristales, practicable, desde el cual se verá la calle. A la derecha, primer término, puerta que da a las habitaciones interiores; lateral izquierda, pared lisa. Entre la puerta de la derecha lateral y el arco del mismo lado, vitrina. A la derecha, y un poco hacia el centro de la escena, estrado con un diván, una mesa redonda delante y tres sillas. A la izquierda, adosado a la pared y de costado al público, piano de cola, todo dorado, con un rico mantón de Manila encima y una lámpara portátil de tonos claros, muy elegante. La silla del piano, a la derecha de éste y de perfil al público. Cerca, un musiquero, también dorado. Al fondo, frente al ventanal, y a la misma altura que las puertas de arco, sobre una piel, una *chaisse-longue* caprichosa, con telas de colores y muchos cojines de seda encima y alrededor. En los dos ángulos del ventanal, una mesita con servicio de te y la *bouillard*, y otra mesita con cigarrillos, puros y encendedor.

ESCENA PRIMERA

Antes de levantarse el telón se oye un acorde del piano, como final de una canción, y los aplausos de tres personas. En seguida la voz de

MANOLO.—*(Gritando.)*—Bueno, bueno. Viva tu Andalucía; pero venga algo de la tierra. Algo castellano.

NITO.—Sí, sí; anda, anda.

CORAL.—¡Pero si ya no me acuerdo!

DIEGO.—¡No te hagas de rogar, mujer!

MANOLO.—De Talavera; anda, anda.

CORAL.—*(Cantando y acompañándose al piano.)*

Talavera de la Reina,
tierra donde yo nací,
de tu vega yo me alejo,
que nadie me quiere aquí, etc. (1).

MANOLO.—*(Acompaña el estribillo, cantando también.)*

De Talavera, de Talavera, etc.

---

(1) Esta canción se llama "Serrana de Talavera". Es de los maestros Yust y Retana, y está editada por la casa Alier, de Madrid; pero puede sustituirse por cualquier otra canción popular de ritmo alegre y melodía fácil.

Y, con los últimos compases de la canción, se levanta el telón. Es en la noche de Navidad, y estamos en Madrid, y, naturalmente, en nuestros días. CORALITO, *sentada al piano, y, rodeándola, de pie,* DIEGO, NITO *y* MANOLO. *Sentado en el sofá, y durmiendo,* SANTOS ALEGRE, *que, como es sordo, se ha podido dormir tranquilamente con los vapores de la digestión, pese al ruido del piano. En el mirador del fondo, de pie, junto a la mesita de te, haciendo sopas con bizcochos,* PACO GORRÓN. CORAL, *vestida en traje de noche, y los hombres, todos de* smoking.

= Acto =

NITO.—¡Magnífica!

MANOLO.—¡Muy bien, muy bien!

PACO.—*(Con la boca llena.)*—Una esplendidez, una estupendez, una pochez.

DIEGO.—Merecías un premio.

CORAL.—¡Ay, hijo! Ya no. Ya me pasó la época en que cantaba por interés; ahora puedo decir, con la Sirenetta de D'Annunzio: "Eravamo sette sorelle ed eravamo tutte belle... E l'ultima per cantare, per cantare solamente... e non voleva niente."

MANOLO.—¡Olé, mírenla a ella! ¡Lo que sabe!

PACO.—Hay que darte la enhorabuena, chico. *(A* DIEGO.)

DIEGO.—¡Suerte que tiene uno!

PACO.—¡Eso, eso! Suerte, y mucha; toda la

que tú mereces. *(Reparando en* SANTOS, *grita:)* ¡Eh, Santos, eh, tú, Beethoven!

CORAL.—Se lo dicen más por sordo que por músico, naturalmente.

MANOLO.—Claro está.

(DIEGO, NITO *y* PACO *han ido al sofá, a despertar a* SANTOS ALEGRE. CORAL *sigue tecleando distraídamente en el piano y charlando con* MANOLO, *que está apoyado de codos sobre la tapa.)*

DIEGO.
PACO... } ¡Eh, tú, Beethoven!

NITO.—¡Eh, tú, tapia!

SANTOS.—*(Levantándose.)*—¿Qué pasa, hombre?

PACO.—Que te duermes con la música, Beethoven.

SANTOS.—¡Ah! Pero ¿eso es música? Populacherías, plebeyeces.

MANOLO.—*(Aparte.)*—Pues si no entiendes eso, tampoco puedes entender a Beethoven, ¡animal!

SANTOS.—¿Qué ha dicho?

PACO.—No sé. Parsifal creo que ha dicho.

SANTOS.—Pero Parsifal no es de Beethoven, sino de Wágner. ¡Qué idiota, hombre! Además, no estaba dormido: estaba arrobado. *(A* CORAL:) Ya he oído, ya, que recuerdas todavía tus tiempos de artista.

NITO.—De artista de qué: ¿de la voz o de las manos?

DIEGO.—*(Aparte a* PACO.)—Este niño ya tardaba.

PACO.—No hagas caso.

CORAL.—*(Desde el piano.)*—Si lo has preguntado con intención de molestarme... diste en hueso.

NITO.—¿Yo?

CORAL.—Tú, sí. A mí no me avergüenza haber sido cupletista ni haber sido manicura.

PACO.—¡Bueno, bueno! ¡A hablar de otra cosa!

SANTOS.—Sobre todo, que ahora no eres ni lo uno ni lo otro.

PACO.—Ahora eres la vizcondesa de Casañal, gracias a éste. *(Por* DIEGO.)

NITO.—Una vizcondesa un tanto... morganática. ¿No se dice así?

CORAL.—No se dice de ninguna manera. Soy Coral Jiménez, y nada más.

NITO.—¡Ha sido una broma, Coralito!

MANOLO.—*(Avanzando desde el piano, donde estaba, hasta el centro de la escena.)*—Un poco pesada, ¿no te parece?

NITO.—¡Hombre, yo...!

MANOLO.—Y es raro, porque aquí nadie ha bebido cerveza.

NITO.—Y eso ¿qué tiene que ver?

MANOLO.—Que la cerveza es cebada, y cuando se sube a la cabeza, piensa uno como una caballería, y da coces. Así estás tú: coceando desde

que acabamos de comer. *(Vuelve al piano, donde siguen* CORAL *y* DIEGO.)

CORAL.—¡Choca, Manolo! Has tenido gracia.

DIEGO.—Gracia y justicia.

NITO.—*(A* SANTOS.)—¡Pero, hombre! ¿Tú ves...?

PACO.—*(Que hace un momento ha ido al fondo y está ante la mesa de los pitillos.)*—¡A ver qué porquería de pitillos le ofrecen a uno en esta casa! *(Yendo hacia* DIEGO, *a la vez que él se le acerca.)* ¡Venga un *abdulla,* tú, Diego! (DIEGO *le da la pitillera de plata, de la que se sirve un cigarrillo, guardándosela después en el bolsillo.)* ¡Y una cerilla, tú, Nito!

NITO.—*(Yendo hacia él.)*—Ahora mismo. *(Le de una fosforera de oro, que* PACO *se guarda también en el bolsillo, después de encender.)* ¡Pero tú no tienes nunca nada!

PACO.—¡Toma, pues por eso lo pido todo!

DIEGO.—Y lo pides para siempre, ¡camará!

PACO.—¡Pues no haberme puesto el mote de Gorrón! *(Bajando hacia la derecha, que es donde está* SANTOS ALEGRE.) Yo no dejo mal a mis amigos. ¿Paco Gorrón? Pues gorrón soy.

DIEGO.—¡Pero, hombre!

PACO.—¡Nada! Además, ¿no estamos en Nochebuena?

SANTOS.—Y eso, ¿qué tiene que ver?

PACO.—Que yo he vivido mucho tiempo en Londres, soy muy britanizante y muy *snob,* y en

Londres, en Nochebuena, les trae Santeclós unos regalos a los niños.

NITO.—¡Vaya con la criatura!

DIEGO.—Que en su tierna infancia, ya tiene que teñirse el pelo. ¡No estás tú mal niño!

SANTOS.—Y en Londres, ¿qué hacías, Paco?

DIEGO.—¡Toma, lo mismo que aquí!

NITO.—Quedarse con los objetos.

PACO.—¡Ele! Y a veces, con las personas. ¡Mira tú éste!

NITO.—¡Bueno; para bromas, basta! Venga mi fosforera.

PACO.—¡Ca! Las bromas, pesadas o no darlas. Estos son mis regalos de Nochebuena: me los ha traído Crismas.

NITO.—¿Ah, sí? ¡Pues te vamos a romper la ídem! *(En el momento en que todos se le van encima y lo tiran sobre el sofá, se oye lejos la voz de un chiquillo, que canta un villancico.)*

Vamos a adorar al Niño
al establo de Belén;
que no podemos ser menos
que la borrica y el buey.

PACO.—Oíd, oíd. Esta noche es Nochebuena. ¡Música, música, Beethoven!

SANTOS.—¡Bah!

DIEGO.—Temprano empiezan: son las once y veinte.

CORAL.—*(Que durante todo este diálogo ha seguido charlando con* MANOLO *en el piano.)* ¿No prepara usted el siete rayas hoy, Paco? Ahí tiene usted de todo.

PACO.—Ahora mismo. ¿Usted lo va a tomar?

CORAL.—Yo, no. ¡Dios me libre!

DIEGO.—Pues yo, sí.

NITO.—Y yo, y yo.

SANTOS.—Pero ¿de qué se trata?

PACO.—*(Gritando.)*—De las siete rayas.

SANTOS.—¿Eh?

PACO.—Un *pous café* de siete licores, que son siete rayas de siete colores: coñac, chartrés verde, chartrés amarillo, cacao, curaçao, cherry brandy y anís del mono.

DIEGO.—¡Pon!

PACO.—¡Eso es! Una mezcla detonante y alucinante. Te tomas una copa, y ves el arco iris.

SANTOS.—¡Pues venga, venga! *(Todos van al fondo con* PACO, *que empieza a preparar la bebida.* CORAL *y* MANOLO, *en el piano.)*

CORAL.—Pues no lo demuestres, ni lo tengas... ¡Créeme a mí!

MANOLO.—¡Es que yo, Coral...!

CORAL.—Tú eres un mal amigo...

MANOLO.—¿Mal amigo tuyo?

CORAL.—De mí quisieras serlo muy bueno. Mal amigo de Diego. Tengo entendido que le debes favores...

MANOLO.—¿Favores? Créeme a mí: los que favorecen exagerán siempre el favor y los deberes de gratitud; por eso hay tantos ingratos en el mundo.

CORAL.—Una cosa es exagerar la gratitud, y otra olvidarla; y lo que tú quieres es traicionar...

MANOLO.—¿Y tú no serías capaz de traicionarlo?

CORAL.—*(Levantándose del piano y pasando hacia la derecha.)*—Contigo, no.

MANOLO.—*(Siguiéndola.)*—¡Hola! ¿Conque...?

CORAL.—No, hombre; ha sido broma. Ni contigo, ni con nadie. Yo soy una vizcondesa morganática, como ha dicho ese majadero de Nito; pero soy una mujer de mi casa.

SANTOS.—*(En el fondo.)*—¡Magnífico, magnífico, delicioso!

NITO.—Delicioso... Pero vamos a echar una manita.

DIEGO.—Es ya muy tarde.

PACO.—*(Bajando hacia donde están* CORAL *y* MANOLO *con una copa en la mano.)* ¿Tú no quieres probarlo? *(Le ofrece la copa.)* Os advierto que Diego se va a escamar, ¿eh? ¡Y que no es manso, no creáis! Como se encele, sale más bravo que toda su ganadería.

CORAL.—¡Ah! ¿Es que usted también ha bebido cerveza?

PACO.—¡Coralito, por Dios!

NITO.—¡Nada, nada! Si no juego, no me divierto.

SANTOS.—¡Anda! *(A* DIEGO.) Haznos el cuarto tú. Ese también juega. *(Por* PACO.)

PACO.—¿Qué pasa?

SANTOS.—¿Que si juegas al tresillo?

PACO.—Sí, hombre, sí.

DIEGO.—Bueno; que os haga el cuarto Manolo; yo no tengo ganas.

MANOLO.—Con mucho gusto. *(A* CORAL.) Con permiso.

DIEGO.—Pues ¡hala, hala! Aquí tenéis mesa, fichas, baraja... *(Hace mutis, con* SANTOS ALEGRE *y* MANOLO, *por la puerta derecha del foro.)*

PACO.—*(A* CORAL.)—¿Usted no viene ni de mirona siquiera?

CORAL.—Ya voy, ya voy. Sigan ustedes.

NITO.—*(Hace mutis con* PACO, *al cual dice:)* Chico: este siete rayas es el infierno; he bebido fuego. *(Mutis los dos.)*

ESCENA II

CORAL y DIEGO, que vuelve por donde antes se fué.

DIEGO.—¿Estás enfurruñada todavía por lo de Nito?

CORAL.—No; pero, la verdad, no me divierte ninguno de los cuatro.

DIEGO.—¿Te hace el amor alguno de ellos?

CORAL.—No, hombre, ¡por Dios!

DIEGO.—¿No será de alguno de ellos la cesta de Navidad que te mandaron esta tarde?

CORAL.—Seguro que no.

DIEGO.—¿De veras no sabes quién es ese "admirador lejano y misterioso" que dice la tarjeta?

CORAL.—No, hombre; no. A lo mejor, es de ese amigo nuevo que me ibas a presentar hoy.

DIEGO.—¡Cá! Si ese amigo no sabe quién eres.

CORAL.—Está como yo, entonces, que tampoco sé quién es. ¿Y por qué no ha venido?

DIEGO.—Me extraña. Me dijo que vendría a buscarme aquí, para ir a tomar juntos el champán de última hora a casa de mamá.

CORAL.—¿Pero te vas a ir hoy también?

DIEGO.—¡Claro, mujer! No puedo faltar. Hoy, menos que nunca: Nochebuena. ¡Habría que oír mañana a mi madre y a mis hermanas!... *(Pausa.)* Oye: y tus parientes, ¿no han venido?

CORAL.—En el cuarto de la plancha están. ¡Pobrecillos! Les he hecho preparar una mesa, y ahí están bebiendo y comiendo a tu salud.

DIEGO.—A la nuestra, Coralillo.

CORAL.—Bueno; pero más a la tuya. Ellos ya saben que tú eres quien paga y.... *(Dentro suena un timbre largo.)*

DIEGO.—Calla. El Marqués, seguro.

CORAL.—¿El Marqués? ¿Qué Marqués?

DIEGO.—El amigo de quien te hablé. Espera,

espera; ahora verás... *(Hace mutis por la puerta izquierda del foro y se le oye decir dentro.)* ¡No lo dije! ¡Querido César!

CORAL.—¿Marqués y César?... ¡Oh! No; no puede ser.

ESCENA III

CORAL, DIEGO y el MARQUÉS DE VILLALIBRADA por el fondo izquierdo. Tiene setenta años, bien llevados; pero se le ven. Viste *smoking*. Va rigurosamente afeitado y es distinguidísimo y elegantísimo, pero muy llano y muy amable.

DIEGO.—Pase, pase el prócer.

CORAL.—*(Asombradísima.)*—¡¡Marqués!! ¿Es posible?

MARQUÉS.—¡Chiquilla! ¡¡Coral!!

CORAL.—¿Usted en España otra vez?

MARQUÉS.—*(Abriendo los brazos y mirando a* DIEGO.) ¿Das tu permiso?

DIEGO.—Pero ¿se conocen ustedes?

MARQUÉS.—¿Das tu permiso?

CORAL.—*(Arrojándose en sus brazos.)*—¡Claro que sí!

DIEGO.—Pero ¿es que os conocíais?

MARQUÉS.—Sí, hombre, sí; y no de ayer. ¿Verdad, Coralillo?

CORAL.—Verdad.

MARQUÉS.—Y no digo que de toda la vida, por-

que no son las mismas vidas este estío deslumbrador y este pobre invierno.

CORAL.—Siéntese, siéntese, Marqués. ¡Qué bien está! ¡No pasa el tiempo por usted!

MARQUÉS.—¿Crees tú? Diez años más, chiquilla.

DIEGO.—Pero ¿cómo? ¿Os conocíais? ¡Y yo que creí darle una sorpresa!

CORAL.—He sido manicura en casa del Marqués.

MARQUÉS.—Yo no quería decirlo por si...

CORAL.—No, no; si Diego sabe toda mi vida; sólo le omití los nombres. (*A* DIEGO.) ¿Te acuerdas que te conté de un señor aristócrata que conocí cuando era manicura del Palace Hotel, y que me recomendó a sus relaciones?

MARQUÉS.—Era yo, yo.

CORAL.—Por él llegué a tener las mejores familias de Madrid...

MARQUÉS.—Y eras mi cronista social. ¿Te acuerdas? ¡Y hacías un café! Yo iba muchas veces de sobremesa a tomarlo a tu casa; aquel pisito tan chiquitín y tan mono.

CORAL.—(*A* DIEGO.)—Donde tú me conociste. (*Al* MARQUÉS.) ¿Se acuerda usted todavía?

MARQUÉS.—¡Pues no me he de acordar! Cuatro habitaciones como cuatro cajas de cerillas. Pero ¡más limpias! Y muchas flores siempre, y un canario que era como un violín vivo.

CORAL.—¡"Gayarre"!

MARQUÉS.—Es verdad; "Gayarre" se llamaba.

CORAL.—¡Pobrecito!

MARQUÉS.—Pues allí me daban café y me contaban de las casas donde ésta hacía las manos ¡unas cosazas!... A mi casa iba tres veces por semana.

CORAL.—Pero de allí nada tenía que contar.

MARQUÉS.—Gracias a Dios. ¡Le arreglaba las manos a mi Luisita y a mi Antonia, y a mi pobre mujer! La hacían esperar, ¿verdad? Y ésta, mientras tanto, devoraba volúmenes y volúmenes de mi biblioteca. ¡Era una chica muy curiosita y muy formal!

CORAL.—Y ahora también, Marqués.

MARQUÉS.—Ya lo sé. Pero de ahora no hablo. Me interesa garantizar tu pasado; del presente ya se habrá dado cuenta el pescador... *(Dando una palmadita en el hombro de* DIEGO.) que ha pescado tal perla.

CORAL.—¿Y sus hijas y su señora? Marqués, ¿cómo están?

DIEGO.—No le preguntes, Coral.

CORAL.—¡Cómo! ¿Por qué?

MARQUÉS.—Porque no están.

CORAL.—¿No?

MARQUÉS.—Murieron.

CORAL.—¿Las tres?

MARQUÉS.—Las tres, Coralito; así lo dispuso Dios. Mis hijas, en el naufragio del "Valbanera", a la entrada de La Habana, a donde fuimos en

viaje de placer. ¡De placer! Y mi pobre compañerita, dos meses después, de sentimiento.

CORAL.—¡Qué horror! Pero así, ¡de ese modo! ¡Y las tres! Parece mentira...

MARQUÉS.—¡Mentira! Eso parecen todas las grandes verdades. Y luego censuran por inverosímiles esas tragedias, de las que dicen en tono de burla que se muere en ellas hasta el apuntador. ¡Sí, sí! A mí pueden decírmelo, que en menos de medio año perdí a todos los míos. Y es que por miedo a la muerte, por juzgarla una cosa mala, la gente no quiere acordarse de ella y viven como si no fueran a morirse nunca. ¡Y se muere uno! ¡Vaya si se muere! Pero si no hubiéramos de morirnos nunca, yo no creería en Dios. Sería demasiado cruel; ya que hemos tenido, sin pretenderlo, la desgracia de nacer, justo es también que tengamos el consuelo de morir.

ESCENA IV

DICHOS y MARÍA por la lateral derecha. Es la dama de compañía de CORAL; tiene cuarenta años y es amable y discreta.

MARÍA.—Coralito...

CORAL.—Pasa, mujer, pasa; es el Marqués. ¿No te acuerdas?

MARQUÉS.—¡Hola, Marujota, buena moza!

MARÍA.—¡Jesús, María! ¡Cuánta vida que se

fué vuelve por esta casa! ¿Cuándo ha llegado usted? ¿Cómo está usted?

MARQUÉS.—Aquí andamos. ¿Y tú, Marujota?

MARÍA.—Pues ahí verá el señor Marqués, con menos juventud que cuando usted me conoció, pero con menos trabajo, gracias a esta pareja feliz.

MARQUÉS.—Ya veo que cumples tu promesa de no abandonar a Coralito.

MARÍA.—Y mientras ella me quiera, compañía tiene para toda la vida. Con permiso. *(Hablando aparte con* CORAL.) ¿Quieres hacer el favor de venir un momento? No sé dónde ponerle a Chabelita los muñecos para que los vea al despertar.

CORAL.—Voy. Un instante, Marqués; vuelvo en seguida.

MARÍA.—Con su permiso, Marqués, y bien venido.

MARQUÉS.—Bien hallada tú, Marujota. *(Mutis* CORAL *y* MARÍA *primera derecha.)*

ESCENA V

DIEGO y el MARQUÉS.

MARQUÉS.—Vaya, hombre, vaya. Está preciosa la chiquilla, y si no has tomado esto como aventura, que ella bien merece ser Vizcondesa, es

para felicitarte. Pero ¿dónde tropezaste con esta alhaja, perillán?

DIEGO.—Pues a Tula Monteverde tengo que agradecérsela.

MARQUÉS.—¿Y eso?

DIEGO.—Nada; que un día estaba yo elogiándole las manos, y ella me respondió: "Pues por cinco pesetas se las ponen a usted igual", y me dió la dirección de Coral. Fuí, y mientras ella me hacía las manos..., yo le hice el amor.

MARQUÉS.—Es una conquista para envanecerse.

DIEGO.—He sido el primero y el único.

MARQUÉS.—Por eso digo que es para envanecerse. ¿Cuánto tiempo lleváis juntos?

DIEGO.—Seis años; ya tenemos sucesión.

MARQUÉS.—¡Ah! ¿Sí?

DIEGO.—Una nena que es un encanto. No se la enseño a usted ahora por no despertarla.

ESCENA VI

DICHOS y MANOLO, por donde se fué

MANOLO.—*(Entrando.)*—¡Ja, ja, ja! Ha tenido la mar de... ¡Caramba, Marqués!

MARQUÉS.—¡Hola, pollo! ¿De dónde, tan risueño?

MANOLO.—De ahí dentro; estábamos jugando al tresillo.

DIEGO.—Pero ¿ya acabasteis?

MANOLO.—Calla, hombre; si es que Nito le ha dado a Santos tres codillos seguidos, y Santos dice que ya no juega como no sea al "pocker". Venía a buscarte para que fuéramos cinco.

MARQUÉS.—¿Y sólo de eso se reía usted?

MANOLO.—No; es que Paco García Rodríguez, ¿le conoce usted?

MARQUÉS.—Sí, hombre, sí; Paco Gorrón, el que se tiñe el pelo de azul.

MANOLO.—El mismo. Estaba diciéndole a Santos Alegre que a él, con ese juego, no le daban codillo, y Nito va y le contesta: "Pues con esta contra le doy yo codillo a... al más pintado, que eres tú."

DIEGO.—¡Ja, ja, ja!

MANOLO.—Con que, ¿vienen ustedes?

DIEGO.—Yo...

MARQUÉS.—Ve tú si quieres; yo espero aquí a Coral, a ver que me cuente qué pellejerías le haces.

DIEGO.—Bueno; con permiso.

MANOLO.—Hasta ahora. *(Llevándose del brazo a* DIEGO.) Verás cómo nos reimos con Paco. Es de lo más original. *(El* MARQUÉS *va hacia el fondo a encender un cigarrillo.)*

ESCENA VII

El MARQUÉS y CORAL, por donde se fué.

CORAL.—¿Le han dejado a usted solito?

MARQUÉS.—A tu marido acaban de llevársele a jugar al "pocker".

CORAL.—¡Mi marido!

MARQUÉS.—Tu marido. ¿No lleváis seis años juntos? ¿No tenéis una hija? Tu marido es, aunque no os haya bendecido el cura. Vamos a ver, no pongas esa cara. Ven acá y cuéntale tu vida al viejo amigo que te llevaba clientela y te llevaba libros. ¿Te acuerdas?

CORAL.—¡Ay!, ¡quién pudiera volver a aquellos tiempos!

MARQUÉS.—¿Eras más feliz?

CORAL.—¡Qué sé yo! Era más libre y más limpia por dentro. Trabajaba mucho, es verdad, pero tenía alegría y orgullo de servir para algo.

MARQUÉS.—Y ahora también sirves; ¡para hacer la felicidad de un hombre, para labrarte la tuya! El amor es la felicidad de la mujer. ¿No crees tú lo mismo?

CORAL.—¿El amor? Por el amor, como usted dice, acaso llegue la mujer a la felicidad; pero sólo por el trabajo se consigue la libertad. Por el

amor puede una mujer ser hasta... la esclava de un hombre; sólo por el trabajo puede ser respetada y ser libre. Yo lo era antes, cuando me ganaba mi pan.

MARQUÉS.—¿Qué dices, chiquilla? ¿Qué tono es ése? ¿Te vendes ahora, acaso?

CORAL.—No; pero tengo así como la sensación de que me alquilo, y esto no es ni amor ni libertad.

MARQUÉS.—Amor y libertad no van nunca juntos, muchacha. *(Pausa.)*

CORAL.—¿Hace mucho que conoce usted a Diego?

MARQUÉS.—De siempre; fuí muy amigo de su padre. Gran caballero, gran cazador y gran enamorado.

CORAL.—Pero de Diego, ¿es usted muy amigo?

MARQUÉS.—Sí; en recuerdo de su padre, naturalmente. Si la rama ha salido al tronco, debe de ser muy bueno Diego. ¿No es bueno contigo?

CORAL.—No es malo.

MARQUÉS.—Pero ¿no es bueno?

CORAL.—No es malo, Marqués. Además, yo no puedo decirlo a ciencia cierta. A fondo, a fondo, no le conozco.

MARQUÉS.—¿Qué me dices?

CORAL.—El no vive aquí; aquí es visita. Come en su casa, duerme en su casa; ya sabe usted cómo es la familia: severa, linajuda, virtuosa.

MARQUÉS.—Sí, sí, sí; ya, ya. Y tú te aburres mucho, ¿verdad?

CORAL.—¡Psch! Leo.

MARQUÉS.—Lo de siempre, ¿verdad? Novelas románticas, obras de teatro modernas.

CORAL.—Y lo que no es obra de teatro, ni novela: estudios, ensayos.

MARQUÉS.—¡Ay, ay, ay! Me parece el remedio peor que la enfermedad. *(Transición.)* ¿Tienes muchos deseos de ser libre?

CORAL.—¡Ay! ¡Sí; francamente, sí!

MARQUÉS.—Pues ten cuidado. Una mujer en tus circunstancias, sólo desea su libertad para ir a perderla en otros brazos. Todo es cambiar de dueño... o de verdugo.

CORAL.—¿Por qué me dice usted eso?

MARQUÉS.—Por nada; no te lo digo por nada. Te prevengo. *(Pasa al piano.)*

ESCENA VIII

DICHOS y, por la puerta lateral, FRASQUITO, y luego, a su tiempo, RAFAEL y ARACELI.

FRASQUITO.—*(Desde la puerta.)*—¡Coral!... ¡Coral!...

CORAL.—¡Ah! ¿Eres tú? Pasa, pasa, tío Frasquito.

FRASQUITO.—Vaya, con licencia, y osté perdone...

CORAL.—Ven; te presentaré... El señor Marqués de Villalibrada.

FRASQUITO.—¡Por muchos años! *(Venia, sin darle la mano.)*

CORAL.—Es mi tío...

MARQUÉS.—¡Ah! ¿Sí?

FRASQUITO.—¡Er tío Frasquito!...

CORAL.—Hermano mayor de mi madre...

MARQUÉS.—Mucho gusto...

FRASQUITO.—Osté perdone; yo no quería entrar...

MARQUÉS.—¿Por qué?

FRASQUITO.—Yo no quería, Coral. Te yamé porque mos vamo. Yamamos a María también, pero se conose que no está. Yo quería mejón habé mandao a Araceli..., pero Rafaé no la dejaba vení sola...

CORAL.—Araceli y Rafael son mis parientes también..., ¿sabe usted?

MARQUÉS.—Pues que los traigan, mujer; así conoceré a toda la familia.

CORAL.—¡Pero, Marqués, si...!

MARQUÉS.—Nada, nada; ya quiero conocerlos; anda, que vengan.

CORAL.—Bueno; como usted quiera. *(A* FRASQUITO.) Ya lo oyes: que los llames.

FRASQUITO.—¡Que los yame! *(Muy asombrado.)*

CORAL.—Sí, hombre.

FRASQUITO.—¿Que los yame aquí?...

CORAL.—Sí, aquí.

FRASQUITO.—¿A Rafaé también?

CORAL.—Naturalmente.

MARQUÉS.—A todos.

FRASQUITO.—Es que Rafaé... no está muy güeno.

CORAL.—¿Qué tiene?

FRASQUITO.—Pos tiene: un poco demasiao vino, me pienso yo.

MARQUÉS.—¡Hola!

CORAL.—Pero ¿está de caerse?

FRASQUITO.—¡Josú! ¡Eso, no! Pa que se caiga mi cuñao tié que acabarse la cosecha. No se cae, no. Erquilibrio, lo tiene; pero está disparatao...; ni se cae, ni dise picardías..., pero, pero... está disparatao.

MARQUÉS.—Que venga.

CORAL.—La verdad...

MARQUÉS.—¡Que venga! Le conoceremos.

FRASQUITO.—Pos vamos allá... El está bien bebío, pero yo soy bien mandao. Hasta ahora. *(Mutis por donde salió.)*

CORAL.—Son lo que me queda de mi parentela. Diego se los ha traído de Córdoba, y aquí están. Traen todavía el pelillo de la dehesa, pero...

MARQUÉS.—¿Viven contigo?

CORAL.—No. Hoy les hemos dado de comer en

el cuarto de la plancha, como es Nochebuena... Y venían a despedirse.

FRASQUITO.—*(En la puerta, con* ARACELI, *empujando a* RAFAEL.)—Anda, pasa, hombre.

RAFAEL.—No me achuches, ea; yo pasaré, pero no arrempujarme. *(Entran en escena.)*

CORAL.—Hola, Rafael.

RAFAEL.—A las güenas noches. Fú. *(Sopla.)* ¿Eres tú, Coralillo, o eres tu hija? ¡Qué chiquetiya te veo!

CORAL.—Ven, ven a que conozcas al Marqués...

RAFAEL.—¿A que conosca? Bueno, yo haré un poder; pero no estoy hoy para conosimiento.

MARQUÉS.—Buenas noches, amigo. *(Le tiende la mano.)*

RAFAEL.—*(Sin cogérsela.)*—¿Amigo? Pos amigo, sí, señor. *(Va a cogerle la mano y no puede a lo primero. Se la pesca en el aire de repente y dice.)* ¡Ajá, ya! Ahora. *(Cuando se la coge.)* Buenas noches.

CORAL.—¡San Antonio bendito!

RAFAEL.—No me nombre a los santos, que me da mucha vergüensa. Ya dije yo que no estaba pa conosé a naide, y si me miro al espejo... ¡je, je!, tampoco me conosco, Corá, ¡je, je! He perdío el conosimiento... *(Cae sentado en una butaca.)* Estoy pa que me arrimen a la pael y no me meneen.

ARACELI.—Habemos senao, sabe osté.

RAFAEL. — *(Levantándose con esfuerzo.)* —

¡Chist!... A ti naide t'hablao, ni a naide le han preguntao lo que jabemos jecho.

CORAL.—*(Al* MARQUÉS, *por* ARACELI.)—Esta es mi tía.

MARQUÉS.—¿Tu tía? (ARACELI *avanza, y* RAFAEL, *con un paso no muy seguro, va hacia el extremo derecha a reclamar el apoyo de* FRASQUITO, *y queda la colocación así: de derecha a izquierda:* FRASQUITO, RAFAEL, *apoyado en su hombro,* ARACELI, CORAL *y el* MARQUÉS.)

ARACELI.—Serviora de osté. No lo paese, ¿verdá? Paese que fuéramo hermana, y como a hermana la quieo yo, eso sí. Pero soy su tía.

FRASQUITO.—Como yo, que también soy su tío.

RAFAEL.—Y yo ¿quién soy? ¿Yo soy naide?

CORAL.—Este es...

ARACELI.—Aguarda, que yo le diré a este señó quiénes semos toos.

RAFAEL.—Eso, eso. *(Volviéndose a* FRASQUITO.) Dame la botella verde, por tu salú. (FRASQUITO *saca del bolsillo un frasco de sales inglesas, y* RAFAEL, *cogiéndolo, pasa por delante de él a ocupar el primer puesto a la derecha.)*

ARACELI.—Este, Frasquito, es el hermano mayor, y a éste le seguía Rosariyo, la madre de ésta, que en gloria esté, y a Rosariyo dos más, Manolo y Juan Luca, picaor y banderiyero que fueron con el señó Rafaé Bejarano, el de Córdoba, que era un torero muy güeno, y que ya se murió, y a Juan

Luca le sigo yo, que soy la más chequetiya de la casa...

MARQUÉS.—¿La más chiquitilla, y eres una real moza?

ARACELI.—Los buenos ojos con que me mira el señor...

MARQUÉS.—Y las buenas hechuras que te ha dado Dios...

FRASQUITO.—Eso. Que a toa la familia le dió la misma... Que ninguno de acá salió jorobao, ni torsío, y mi hermano Juan Luca, cuando se vestía pa atoreá, paesía talmente una estauta de plata y oro...

RAFAEL.—Cáyate, Frasquito.

MARQUÉS.—Pues ésta lo que parece es arrancada a una pandereta... Pero a una pandereta de un gran pintor. Con que de Córdoba, la Sultana, ¿eh? Pues la Sultana eres tú.

ARACELI.—¡Ay, por Dió!

MARQUÉS.—¡Y qué modosita, y qué limpia, y qué graciosa!...

RAFAEL.—*(Aparte a* FRASQUITO.)—¿Me aguanto, tú? Oye... La está requebrando... ¿Me aguanto?

FRASQUITO.—*(Aparte a* RAFAEL.)—Naturá..., cacho e bruto...

MARQUÉS.—Sólo te sobran los zapatos. Descalcita debías de ir y no con los pinreles prisioneros. ¿Le dicen así en tu tierra a los pies?

ARACELI.—Cuando son muy chiquetiyo, sí, señó; pero a los míos...

RAFAEL.—Pos peanas no son...

FRASQUITO.—Cáyate, Rafaé... (RAFAEL *sopla.)*

MARQUÉS.—¡Nada, muchacha, que eres una "terracotta" viva!

ARACELI.—Será como osté quiea... Pos nosotros habemo venío...

RAFAEL.—Oye, oye...—ya no me aguanto má—. Y yo, ¿soy naide? ¿Quién soy yo, que no lo dises?...

ARACELI.—Ya lo diré... Este es mi marío...

RAFAEL.—¡Olé! Su marío... Er surtán... ¿No dijo osté que eya era la surtana? Pos yo er surtán. Y de veras... Su marío, con too lo que jase farta..., con bendisiones, y con eso que hay que poné su nombre de uno, con eso... ¿cómo se dise, tú?

FRASQUITO.—Se dise escritura pública...

RAFAEL.—Eso, la santa escritura...

MARQUÉS.—¡Magnífico! ¡Magnífico!

CORAL.—Bueno, bueno; ya los ha conocido usted y ya han hablado...

RAFAEL.—¿Yo?

CORAL.—Tú, no; pero...

MARQUÉS.—Déjalos, mujer, déjalos; si me entretienen mucho... Sigue, Araceli, sigue...

ARACELI.—Na más, si ya está. Acá hemo venío porque mos ha traío el señorito don Diego, que es el amo de esta casa y de acá...

CORAL.—Acá, quiere decir nosotros...

MARQUÉS.—¡Ah!...

ARACELI.—Y éste, mi marío, que el señorito Diego se lo ha llevao al Colmená, donde están sus toro..., y es el conosedó...

RAFAEL.—Ahora, no, porque he perdío el conosimiento.

ARACELI.—Y ése y yo semo de Córdoba, y mi marío es de la sierra, y por eso habla más desaborío.

RAFAEL.—De la sierra soy, sí, señó; de un pueblo que se yama Ovejo. ¡Pero soy un león!

FRASQUITO.—Cuando está bueno y sano, sí, señó. Pero en cuanto se alumbra, se pone manso.

RAFAEL.—Porque er vino trae la verdá y me sale mi güen naturá. Yo no soy como eso borracho de mi tierra, que se ponen pesao y achuchan, y achuchan, y dale, y güerve... ¡No, señó! Como soy valiente de verdá, no me jase farta ajumarme... Ahora, que hoy no era un día cualquiera... ¡y ha habío iluminasión!

MARQUÉS.—¡Pues, hijo, parece que estuvieras en tu juicio!

RAFAEL.—¿Sí? Como osté quiera. Será que he olío el londón...

MARQUÉS.—¿Qué?

CORAL.—¿Qué dices?

RAFAEL.—El londón...; yo sé lo que digo. Este pomito verde, que se yama londón... Aquí lo pone: *(Por el frasco de sales inglesas.)* ¡Londón! Se

conose que, a la par que ma enfríao la narí, me ha disipao el vino... Pero bebé, he bebío...; siete boteya de Moriles se han quedao patas arriba...

CORAL—Pero ¿has mezclado Moriles y "Champagne"?

RAFAEL.—¡No, eso no! Que es una bebida que jierve.

CORAL.—Es una bebida gaseosa.

RAFAEL.—¿Grasiosa? Pues yo no le he visto la grasia, y me agarré al Moriles porque me pensé que, al fin y al cabo, era un amigo. Y me ha engañao el paisano, ¡ya lo ve osté! Si he fartao..., que me perdonen. Yo jago too lo que me manden..., meno lo que no sé jasé.

MARQUÉS.—Muy bien, muy bien. Pues encantado con este nuevo conocimiento. ¡Deliciosos, Coral, deliciosos! Y éste, este no hay que jaser, éste es un árabe.

RAFAEL.—¿Arabe yo?

MARQUÉS.—Por el acento; vaya unas jotas...

RAFAEL.—Jotas, no. Que acá no cantamo ese cante, sino serraniya de los piconero, que jasen reí y yorá a las piedras de la caye...

MARQUÉS.—Con que jasen, ¿eh?

RAFAEL.—Eso mesmo. Que acá semo de Córdoba, y er que no dise jacha, jigo y jiguera, no es de mi tierra.

CORAL.—Bueno, bueno; marcharse ya..., que es muy tarde.

MARQUÉS.—Tomad. Tú..., sultán *(Le da un puro.)*, y tú, Frasquito...

FRASQUITO.—Se agradese..., que de éstos no caen más que cuando caen der sielo o de manos de un cabayero mu cabayero, como osté, o como el señorito don Diego, que es también mu cabayero, sin que ofenda lo comparasión al cabayero.

MARQUÉS.—Que no ofende. Y tú, muchacha, para que te compres lo que quieras... *(Le da un billete de diez duros.)*

ARACELI.—¿Lo cojo, Corá?

CORAL.—Si no se ofende el león de Ovejo...

RAFAEL.—Yo no me ofendo cuando las cosas se jasen bien... ; y lo que está bien, está bien... *(Le quita el billete a* ARACELI.)

MARQUÉS.—¡Olé!

ARACELI.—Pos muchas grasias, y muy güena noche... Adiós, Coraliyo.

FRASQUITO.—Mucha salú y mucha suerte, amigo.

RAFAEL.—Aquí, ahora, y en el Colmená..., mándeme osté.

CORAL.—Oye, tomáis el *auto*.

ARACELI.—Pero si vamos a la fonda.

CORAL.—No importa; que os lleve a la fonda y vuelva.

RAFAEL.—¿Pero vamos a dirnos en el *auto?*

CORAL.—¿Qué? ¿Te da miedo?

RAFAEL.—A mí no me da mieo de ná. Pero no

sé... Un coche sin cabayo... No sé, me paese asín como una persona sin cabesa...

MARQUÉS.—Tiene gracia.

FRASQUITO.—Bueno. Adiós.

RAFAEL.—¡A la pá e Dió, señores!... *(Mutis los tres.)*

ESCENA IX

DICHOS y, a poco, los cinco jugadores.

MARQUÉS.—Pues es graciosa tu familia...

CORAL.—Ya se van.

MARQUÉS.—¿Vienen a verte a menudo?

CORAL.—Araceli, sí: dos o tres veces por semana. Los otros... cuando hace falta pedirle al señorito algo que ellos no se atreven.

MARQUÉS.—¿Por qué le dices a Diego el señorito?...

CORAL.—Porque es el señorito...

MARQUÉS.—Es el padre de tu hija...

CORAL.—Sí. De una hija que tiene cinco años y todavía lleva mi apellido.

MARQUÉS.—¿No la ha reconocido aún?

CORAL.—¡Reconocerla! ¡Qué dirán su mamá y sus hermanas! Un hombre como él, de su linaje, de su posición, reconocer una hija natural... ¡Vamos, Marqués!

MARQUÉS.—Vamos, digo yo. No me gusta

oírte hablar así... Ya lo arreglaremos todo; pero ahora...

NITO.—*(Saliendo.)*—¡Marqués! No me habían dicho nada...

PACO.—*(Saliendo.)*—Querido Marqués...

MARQUÉS.—¡Hola, inventor de las siete rayas!

SANTOS.—Señor Marqués de Villalibrada...

MARQUÉS.—¡Salud, Beethoven!

TODOS.—*(Y* DIEGO *y* MANOLO *también, que han salido en este momento.)*—¡Ja, ja, ja!

SANTOS.—Pues no está mal. Después de ganarle a uno, chuflitas encima!...

CORAL.—¿Has perdido mucho, Santos?

SANTOS.—Trescientas quince pesetas, en veinte minutos.

DIEGO.—Ciento quince, nada más; a no exagerar, Beethoven.

SANTOS.—Y doscientas que le he prestado a Paco. ¡Más perdidas!

PACO.—¡Ah! ¿Ya te has resignado? Pues me alegro, chico; gracias.

MANOLO.—Bueno; nos vamos. Este nos ha echado.

DIEGO.—Comprenderéis. Es Nochebuena. Nos esperan en casa al Marqués y a mí, y van a dar las doce.

PACO.—Pues, nada; en marcha.

CORAL.—¡Ah! ¡Oye! *(A* DIEGO.)—Yo mandé que se fueran en el *auto* a Araceli y a los otros...

DIEGO.—Sabiendo que lo necesitaba, mujer.

CORAL.—Pero si vuelve en seguida.

PACO.—¿Hay *auto?* Me quedo.

DIEGO.—Pero es que...

PACO.—Que lo necesitas; ya sé. Pero me dejas a mí en las Cuatro Calles... Eso no te estorba...

MANOLO.—¡Coralito!... Y un millón de gracias. La comida, estupenda, chica.

CORAL.—Reincidirás, ¿verdad?

MANOLO.—Y encantado... *(Le da la mano.)* ¡Adiós, tú! *(A* PACO, *que lo saluda con la mano.)*

MARQUÉS.—Buenas noches, pollo.

SANTOS.—Buenas noches, Coralito... *(Saluda a ella y al* MARQUÉS.)

NITO.—A no guardarme rencor, ¿eh?

CORAL.—¿Yo? Vamos, hijo. Ya ni recuerdo... Buenas noches, y que se deje ver...

DIEGO.—Bueno. Mañana, a las tres, en el Casino. Yo iré un poco antes... Pasad, pasad... *(Mutis con* SANTOS *y* NITO. MANOLO, *aún en la puerta, hace la última venia.)*

MANOLO.—¡Buenas noches!

CORAL.—¡Adiós! *(Con la mano.) (A* PACO.) Si quiere usted tomarse otro siete rayas...

PACO.—No; no, señora. Queda mucha noche por delante y muchas libaciones obligatorias. Vería luego el arco iris, a las tres de la madrugada.

MARQUÉS.—Pues, siendo así, valdría la pena. Sería la octava maravilla.

PACO.—Pero yo no quiero probar, Marqués. Después de la comida, un par de siete rayas no

vienen mal; pero, nada más... Y a propósito de comida, Coralito; la que usted acaba de ofrecernos ha sido excelente, pero excelentísima.

CORAL.—Vaya, veo que es usted buen pobre.

PACO.—Me ha hecho recordar una que me dieron en casa de una familia, en la que ocurrió un lance curiosísimo. Una salida del niño de la casa. *L'enfant terrible.* Habían servido una comida monstruosa, como para Pantagruell y Gargantúa juntos, y a los postres, la señora me pregunta: "¿Ha comido usted bien, don Francisco?" Y yo, agradecido sinceramente, exclamé: "No he comido jamás así, señora." Y el niño, que tenía diez años, se levantó y dijo: "Ni nosotros tampoco."

CORAL.—¡Ja, ja, ja!

MARQUÉS.—*¡Tableau!*

DIEGO.—*(Entrando.)*—Ya está ahí ése.

CORAL.—¿Quién?

DIEGO.—El *auto.*

CORAL.—¡Caramba! Ese hombre lo lleva que es una centella.

DIEGO.—Cuando ustedes quieran...

MARQUÉS.—En *route.* Coralillo, al despedirme, puedo pronunciar las palabras de fray Luis: "Decíamos ayer...", y puedo abrazarte también sin que éste se enfurruñe.

DIEGO.—¡Hombre!

MARQUÉS.—Eso es lo que ya no soy, ni hombre ni mujer. Soy un viejo. Vaya, muchacha. *(La abraza.)*

CORAL.—Que no se pierda usted, Marqués.

MARQUÉS.—Y si me pierdo, que me busquen aquí.

PACO.—Señora, este gorrón no sabe cómo agradecer...

CORAL.—Hay una manera sencillísima, repitiendo.

DIEGO.—Adiós, Coral. Pasen, pasen ustedes. *(El* MARQUÉS *y* PACO *van haciendo mutis.)* Hasta el sábado.

CORAL.—¿Cuatro días?

DIEGO.—Yo procuraré venir antes, pero no lo aseguro. Adiós.

CORAL.—Adiós, hombre. *(Mutis con los demás.)*

ESCENA X

CORAL, sola, va al ventanal y apoya un instante la frente en los cristales, y luego viene al centro de la escena, con aire triste y aburrido. En ese momento entra MARÍA.

MARÍA.—¿Ya se fué todo el mundo?

CORAL.—Ya se fueron. Como siempre. ¡Qué aburrimiento de vida!

MARÍA.—Pero ahora siquiera tienes tu casa, comodidades, vives sin trabajar...

CORAL.—Eso es lo que me aburre. Lo dejaría todo por mi vida de antes.

MARÍA.—¡Ay, no, mujer!

CORAL.—¿Te acuerdas de nuestra casita? Ahora me la estaba recordando el Marqués.

MARÍA.—Pero allí también estábamos solas.

CORAL.—Pero yo llegaba cansada y me dormía en seguida. Ahora, como no trabajo, ni sueño tengo. Te juro que muchas noches me pongo a pensar en fantasmas; no sé, hasta los invoco.

MARÍA.—Pues ni los nombres, porque pudiera aparecer...

CORAL.—¿Quién?

MARÍA.—Don Juan. Parece que estamos haciendo el *Tenorio,* ¿eh? Pues lo he visto.

CORAL.—¿A quién?

MARÍA.—Sí, sí. Hazte de nuevas ahora. ¿A quién? ¿A quién va a ser? Al admirador lejano y silencioso.

CORAL.—¡Ah, sí! ¿Que le has visto, dices?

MARÍA.—Hace una media hora, en la esquina. Miraba para estos balcones, bajaba hasta la plaza, y siempre mirando, mirando a los balcones. ¡Debe tener un dolor en la nuca...! ¡Pobrecillo! ¡Mira que le ha entrado fuerte! En los paseos, en los teatros, en la iglesia... ¡Qué tesón de hombre! ¡Y hay que ver la cesta de Navidad que ha mandado esta tarde! Porque es de él, no cabe duda.

CORAL.—*(Que, durante la conversación, se habrá levantado maquinalmente y habrá ido al cierre de cristales.)*—María, oye.

MARÍA.—¿Qué?

CORAL.—Ven. Tú que tienes mejor vista.

MARÍA.—A ver.

CORAL.—¿No es él?

MARÍA.—El mismo.

CORAL.—Ve y llámale.

MARÍA.—¿Eh? ¡Qué dices!

CORAL.—Que le llames.

MARÍA.—¿Que le llame? ¿Aquí?

CORAL.—Sí, mujer, sí. Te asomas por el ventanuco del recibimiento y le dices que suba.

MARÍA.—¿Pero tú estás loca? Esas cosas no pasan más que en las funciones o en las novelas.

CORAL.—Pues por eso son agradables. Si las novelas no se han escrito para fantasear y alegrar un poco esta vida tan vulgar y tan triste, ¿para qué se han escrito entonces las novelas? Y si después de leer las novelas no novelamos un poco nuestra vida, ¿para qué vale vivir?

MARÍA.—¡Ay! Yo no entiendo todo ese galimatías.

CORAL.—Pero lo entiendo yo, y basta. Además, ¿qué tiene de particular? ¿Y quién lo va a saber? Lo invito a una copa de *champagne* y le agradezco el regalo.

MARÍA.—¡Ay, pero yo no sé lo que oigo! ¡Tú has perdido el juicio!

CORAL.—Anda, mujer, anda. ¡A ver si se va a marchar! ¡Que vayas, te digo!

MARÍA.—Bueno. Allá tú. ¡Señor, Señor! *(Mutis.)*

ESCENA XI

CORAL; la voz de MARÍA y luego JOSÉ FERNANDO. CORAL vuelve a mirar por el cierre. Luego se mira a un espejo y hace mutis por el arco de la derecha. Vuelve a salir con una botella de *champagne*, y vuelve a mirarse al espejo, cuando se oye la voz de

MARÍA.—Por ahí, sí. Pase, pase.

CORAL.—Adelante.

JOSÉ.—*(Avanzando un poquito de la puerta.)* Señorita...

CORAL.—Buenas nochas.

JOSÉ.—Buenas noches, señorita.

CORAL.—Pase usted.

JOSÉ.—Me ha mandado usted decir que suba.

CORAL.—Sí. ¿Le molesta a usted? ¿Tenía usted que hacer?

JOSÉ.—¡Oh, no!

CORAL.—Le he visto a usted en tantos sitios: en el teatro, en el paseo, en la esquina, tantas veces... He recibido tantas postales de un admirador incógnito, y he adivinado que era usted. Hoy he recibido una cesta preciosa...

JOSÉ.—Perdóneme usted. Fué un atrevimiento.

CORAL.—Y éste es otro. Es más. Es una audacia. ¿Le extraña? *(Sonríe.)*

JOSÉ.—¡Oh, no! Lo agradezco. No sé cómo agradecerlo.

CORAL.—Siéntese, siéntese. *(El obedece como fascinado. En este momento aparece* MARÍA, *mira por la puerta, hace la señal de la cruz y se va.)* Como le he visto a usted siempre solo..., por eso... y no sé por qué me he figurado que viviría usted solo, que no tiene aquí a su familia..., y pues, como era la noche de Navidad, ¿me he equivocado? *(Pausa.)* Hábleme con entera confianza. ¿No quiere usted que seamos amigos?

JOSÉ.—¡Oh, sí!

CORAL.—Pues entonces...

JOSÉ.—No se ha equivocado usted. Yo no soy de aquí. Soy de Santa Cruz de Tenerife; mi madre vive allí; tiene su pensión. Yo soy escultor. Me llamo José Fernando.

CORAL.—José Fernando ¿qué?

JOSÉ.—José Fernando, nada más. Mi apellido es Pascual; pero José Fernando Pascual eran muchos nombres, y me llamo José Fernando, nada más.

CORAL.—¿Y ha venido usted a Madrid por algún encargo, por algún monumento?

JOSÉ.—No, señorita.

CORAL.—¿A qué ha venido usted, entonces, si puede saberse?

JOSÉ.—A verlo.

CORAL.—¿Cómo?

JOSÉ.—A ver Madrid. Tenía unos ahorrillos, muy pocos, de unos trabajos que hice en mi tierra canaria, y me dije, vamos a ver Madrid. Madrid

es un paraíso, me aseguraron, y así es la verdad. Es un paraíso..., porque la he encontrado a usted.

CORAL.—Muchas gracias. *(Sirviendo una copa de "champagne".)* Pues, nada, señor don José Fernando; brindemos a nuestra buena amistad. ¡Salud!

JOSÉ.—*(Bebiendo.)* —¡Salud, señorita! Gracias.

CORAL.—¿Está usted contento?

JOSÉ.—En estos últimos tiempos, sí. Ahora, sí. *(Pausa breve. Ella sonríe.)*

CORAL.—¿Dónde vive usted?

JOSÉ.—Vivo en un sexto piso de la calle de Ferraz, en el 78, vivienda y estudio. Aquí no me conoce nadie; pero sé idiomas; traduzco obras extranjeras para una biblioteca. Trabajo como un negro para comer, y sueño como un alucinado para vivir. Usted me ayuda a soñar... Por eso la he buscado tanto; por eso le agradezco tanto esta invitación.

CORAL.—¿Y quién le habló a usted de mí? ¿Cómo supo usted...?

JOSÉ.—¿Su nombre?

CORAL.—Sí. ¿Quién se lo dijo? ¿A quién preguntó usted?

JOSÉ.—La otra noche, en la Comedia, oí a unos que decían, refiriéndose a usted: "Mira, mira Coralito Jiménez, qué guapa está." Eso es todo lo que sé. La miré a usted más. Me pareció de repente que el saber su nombre era ya bastante para

ponerle un nombre a mi pensamiento y poder acariciar mi pensamiento.

CORAL.—¿Y no averiguó usted más? ¿Y no quiso usted saber de mí? ¿Pero es posible?

JOSÉ.—Ya sabía bastante. Y, además, de usted no quería hablar sino conmigo mismo, conmigo a solas. Y, además... ¿Con quién iba a hablar? Yo no tengo amigos.

CORAL.—¿Cómo? ¿No frecuenta usted los círculos, los cafés, los saloncillos de los teatros? Su mundo, en fin.

JOSÉ.—¿Mi mundo? Mi mundo lo llevo conmigo. Yo no frecuento a nadie. No tengo amigos porque todavía no me he introducido en los círculos artísticos y no quiero el trato con los burgueses por temor al contagio. El burgués aconseja bien, tiene eso que se llama sentido práctico; a veces, hasta es listo, y este mundo se compone de listos y de tontos. Los listos son los granujas, y los tontos, las personas decentes. Yo prefiero ser tonto. El burgués me enseñaría a amar el dinero, las situaciones cómodas y definidas; los homenajes, los honores... Me enseñaría a ir concediendo... y, yo no quiero conceder. Eso sería como renegar de los regalos de Dios, que me encendió un noble sueño en la frente y un ansia divina en el corazón.

CORAL.—¿Pero se puede vivir bien así?

JOSÉ.—¿Vivir bien? ¡Qué más da! Con buen dinero y buen estómago se tiene la seguridad de

vivir bien; pero no se tiene siempre la seguridad de no morir muy mal. El alcalde de Cort murió de hambre, y murió como un santo; y esto es lo que importa: morir bien. No hay que ganarse la vida, hay que ganarse la muerte, señorita Coral.

CORAL.—¡Ganarse la muerte! ¡Uy, que tétrico! ¿Por qué se acuerda usted de la muerte ahora?

JOSÉ.—No sé. Acaso porque empiezo a despertar al amor, y el amor y la muerte se parecen. Un poeta, Leopardi, dijo que eran hermanos. Y perdóneme usted, si he pronunciado la palabra amor.

CORAL.—Perdonarle, ¿por qué?

JOSÉ.—Porque supongo que le hablarán demasiado de amor... Y supongo también que le aburrirán a usted...

CORAL.—Mucho, sí; pero... no siempre aburre. Depende de quien habla. Beba usted. Salud.

JOSÉ.—¿Depende de quien hable?

CORAL.—De que sepa hablar. Qué sé yo. De que sepa sentir... De que le guste a quien escucha.

JOSÉ.—Entonces depende de quien escucha. *(Pausa.)* ¿Qué piensa usted?

CORAL.—Le escuchaba, Fernando...

JOSÉ.—Me escuchaba usted... ¿Escuchaba usted mi pensamiento?

CORAL.—Acaso.

JOSÉ.—¿Es que ya le han dicho a usted mis ojos lo que yo no le sé decir?

CORAL.—¿Y qué es lo que no sabe usted decir?

José.—Que la quiero a usted con toda mi alma.

Coral.—¡Fernando...!

José.—Perdóneme usted, perdóneme. Desde el primer día que la vi fué como una alucinación, como una pesadilla que no me dejaba vivir, y por librarme de la obsesión de mi sueño, la seguí, y la importuné, acaso; pero como ello no tiene más justificación que mi amor, por justificarme hablo de amor, Coral. Perdóneme usted, perdóneme.

Coral.—Si he hecho más que perdonar: le he llamado a usted.

ESCENA XII

Dichos y Chabelita, niña de cinco o seis años, que sale corriendo, descalza y en camisón, y luego María.

Chabelita.—Mamá..., mamaíta...

Coral.—¡Eh! ¿Qué es eso?

Chabelita.—El coco, el coco. El coco está en mi cuarto.

Coral.—No, corazón; ven acá. No viene el coco; no está el coco. ¡hija mía!

Chabelita.—¿Y ese hombre?

Coral.—Un amiguito... *(A* José Fernando:) Es mi hija.

José.—¿Su hija? ¿Es usted casada?

Coral.—No.

José.—¿Viuda?

CORAL.—No.

CHABELITA.—Mamaíta: teno frío...

CORAL.—Sí, amor, sí. ¡María! *(Llamando.)*

MARÍA.—Hija... Pero ¿cómo...?

CORAL.—Esta, que estaría soñando sin duda, y se ha asustado. ¡Anda, anda!

MARÍA.—Venga conmigo, ¡so mono!

CHABELITA.—¿No viene el coco?

CORAL.—No viene, no; anda.

MARÍA.—Anda, ven conmigo, que te voy a acompañar. *(Mutis* MARÍA *y la chica.)*

CORAL.—¡Angelito! *(Reparando en* JOSÉ FERNANDO, *que se ha quedado de piedra, pálido como la muerte.)* Bueno. Pero ¿qué cara es ésa? ¿Tan extraño le parece a usted que yo tenga una hija?

JOSÉ.—No lo sabía.

CORAL.—Pues ya lo sabe usted.

JOSÉ.—Desgraciadamente.

CORAL.—Pero, hombre de Dios, ¡no sea usted ingenuo! ¿De dónde creía usted que iba yo a tener esta casa?

JOSÉ.—Yo no creí nada... No me figuré nada...

CORAL.—Esta casa es del vizconde de Casañal. ¿Le conoce usted? Esta es su casa; pero él no vive aquí; no está aquí ahora, ni vendrá. Tranquilícese usted.

JOSÉ.—No; es imposible...

CORAL.—Siéntese, no tema...

JOSÉ.—Yo no temo nada. Me temo a mí mismo... Le temo a usted... Buenas noches, señora.

CORAL.—Pero ¿por qué se marcha?

JOSÉ.—Porque me ha engañado usted.

CORAL.—¿Yo? Se habrá engañado usted, en todo caso.

JOSÉ.—Pues bien, sí, yo. Yo, que despierto ahora de mi sueño; yo, que la quería a usted con toda mi alma...

CORAL.—Y bien...

JOSÉ.—Y ya no puedo quererla...

CORAL.—¿Por qué?

JOSÉ.—Porque es usted un objeto de lujo.

CORAL.—¿Eh?

JOSÉ.—La entretenida de...

CORAL.—¡Oh, basta! Usted no tiene derecho a ofenderme.

JOSÉ.—Yo...

CORAL.—*(Llamando.)*—¡María!

ESCENA XIII

DICHOS y MARÍA por la primera derecha.

CORAL.—Acompaña a ese caballero. *(Mutis* MARÍA *y* JOSÉ FERNANDO. MARÍA *vuelve a poco.)*

MARÍA.—Pero ¿qué ha sido?

CORAL.—¡Oh! Me ha insultado, lleno de rabia; pero ¡cuánta nobleza y cuánto amor en su desencanto! De cuantos hombres se me han acercado en la vida, éste es el único que no me ha mirado

con ojos de codicia ni me ha hablado con palabras torpes. Me miraba como se mira a las mujeres buenas; me hablaba como se habla a las mujeres buenas, y porque le pareció de repente que no lo era... me insulta y se va. ¡Y yo me hubiera dado a él con el alma y la vida! ¡Sola, siempre sola!

MARÍA.—Pues más vale así. Tú no sabes el consuelo que tengo de que haya sido así. ¿Que te ha insultado? Es lo menos malo que podía salir de esta aventura: un insulto antes, que cuesta menos que muchas lágrimas después. ¡Anda, anda, vamos a descansar!

CORAL.—*(Que en la frase anterior había caído, llorando, en el diván, se levanta y pasea nerviosa.)* Yo, no.

MARÍA.—¿Pero no vas a dormir, mujer?

CORAL.—No. Esta noche es Nochebuena, y no es noche de dormir. Voy a soñar.

MARÍA.—¿Con él?

CORAL.—Con mi vida; con lo que debiera haber sido mi verdadera vida, que ya no podré vivir. ¡Vete, vete, déjame!

MARÍA.—Pero, Coral...

CORAL.—Te ruego que me dejes.

MARÍA.—Como tú quieras. ¡Buenas noches!

CORAL.—¡Buenas noches, María!

(MARÍA *hace mutis lateral derecha.* CORAL *apaga todas las luces, y la escena queda sólo iluminada por el resplandor de la calle, que entra por el*

cierre de cristales. El silencio se hace más sensible, porque un reloj, que habrá encima de la vitrina, dará, lento y sonoro, las doce de la noche. A lo lejos se oye, muy apagada, una voz que canta en la calle:

La Nochebuena se viene,
la Nochebuena se va,
y nosotros nos iremos
y no volveremos más.

CORAL, *desde los cristales, donde había apoyado su frente, vuelve al centro de la escena.)*

CORAL.—No volverá más, no, porque soy la entretenida de otro hombre. El me lo ha dicho: la entretenida. *(Cae llorando desesperadamente, apoyando la frente contra los brazos en la tapa del piano, y muy a lo lejos se pierde, como un murmullo callejero, con el ruido seco de las zambombas, el*

Ande, ande, ande,
la marimorena;
ande, ande, ande,
que es la Nochebuena.

Los sollozos de CORAL *son cada vez más convulsos.)*

TELON

ACTO SEGUNDO

Gabinete íntimo de trabajo y costura en casa de Coral. Muebles claros y femeninos. Al foro, en el centro, puerta con dos batientes que da a otra habitación de la casa. A la derecha, en el ángulo, un diván que corre a lo largo de la pared formando escuadra, con su pequeña librería debajo de una repisa sobre la cual hay estatuas, jarrones y bibelots. En la pared lateral de la derecha, y en primer término, una chimenea con fuego encendido. Delante de la chimenea, y de espaldas a ella, una butaca de brazos como para leer, grande y cómoda. A la izquierda de esta butaca un costurero portátil de pie. A la izquierda, primer término, puerta que se supone da al pasillo de entrada de la casa. A los lados de esa puerta, a la izquierda, una silla; a la derecha, un juego de mesitas para te. A la izquierda, segundo término, mirador volado de cristales y en él dos jaulas de pie con canarios. Frente al mirador, un poco sesgado para aprovechar la luz, un escritorio de señora con la silla dando el frente al mirador. A la izquierda del foro, en la pared fronteriza, una vitrina secreter u otro mueble de señora. Varias sillas. La habitación es pequeña, pero muy coqueta, muy clara y muy alegre.

ESCENA PRIMERA

CORAL, sentada en la butaca en actitud melancólica y triste, exclama para sí, como pensando:

CORAL.—Soy, para repartirte, demasiado. *(Se levanta, va al secreter o vitrina, saca una cajita*

con papeles, va con ella al sillón, y se pone a leer unas cartas y unas postales, cuando entra por el foro MARÍA, *que trae de la mano a* CHABELITA.)

CORAL.—¡Ah, ya, Araceli!

MARÍA.—Soy yo. ¿Esperas a Araceli?

CORAL.—*(Queriendo disimular.)*—Sí; salió no sé a qué; me dijo que vendría en seguida. *(Cogiendo a la chica.)* Y esta mona, ¿dónde va tan emperifollada? ¿Te la llevas a la calle?

MARÍA.—Ella te lo dirá. Venía a pedirte permiso. *(A la chica:)* ¡Anda, dile!

CHABELITA.—¿Ya no estás enferma, mamá?

CORAL.—Ya no, corazón mío. *(La besa.)* ¿Qué quieres, hijita? Habla: ¿qué quieres? *(La niña mira, respectivamente, a su madre y a* MARÍA, *y no habla.)*

MARÍA.—¡Vaya!... Tendré que decirlo yo. Hoy es santo de Luisita, la chica de la vecina del primer piso, esa muchachita rubia con carita de gato, ¿te acuerdas?, y han invitado a todos los chicos, y a Chabelita también; los van a llevar a todos a un *cine,* y después a merendar no sé dónde.

CORAL.—¿Y han invitado a Chabelita? Pero ¿no saben que...?

MARÍA.—¡Bah, bah! ¿No les hemos dicho a todos, al venir a este piso, que eras viuda? Pues lo creen, o fingen creerlo.

CORAL.—¡Ojalá!

MARÍA.—¿Ojalá lo creyeran?

CORAL.—¡Ojalá de veras fuese viuda!

MARÍA.—¡Ay! Mal anda esa cabeza, y ese corazón anda peor. ¡Vaya, despídete de la chica, y dale permiso!

CORAL.—¡Sí, hijita, sí; ve, diviértete! *(La besa.)*

MARÍA.—¡Vamos, vamos!... Ella va muy elegante y es muy formalita; no es como su madre, que va a haber que darle unos azotes. ¡Anda, anda!

CHABELITA.—¡Hasta luego, mamá!

CORAL.—¡Adiós, mi vida, adiós!

ESCENA II

CORAL y la DONCELLA.

CORAL.—*(Suspirando.)*—¡Ay, Señor! *(Repitiendo para sí:)* Soy, para repartirte, demasiado. *(Sintiendo a la* DONCELLA, *que entra por el foro, trayendo en una bandeja lo que indica el diálogo.)* ¿Adónde vas?

DONCELLA.—Aquí.

CORAL.—¿Qué traes?

DONCELLA.—Pues un caldo con dos yemas, un poquito de jerez y un poquito de compota.

CORAL.—¿Para mí?

DONCELLA.—La señora María me dijo que se lo sirviera a usted.

CORAL.—¡Anda, anda, llévate todo eso! Yo no he pedido nada.

DONCELLA.—Es que la señora se está desmejorando que es una compasión. Hace muchos días que toma muy poco alimento.

CORAL.—Ya me repondré, mujer, cuando pasen los fríos.

DONCELLA.—¡Ay, señorita! Estamos apenas a quince de enero; faltan muchos días de invierno, y, sin comer, mal puede reponerse la señorita. Desde anoche que no prueba bocado.

CORAL.—Es que no tengo gana; me repugna todo, de veras.

ESCENA III

CORAL, DONCELLA y MARÍA.

MARÍA.—*(Saliendo, a tiempo de oír las últimas palabras de* CORAL.) ¿Eh? ¡A ver qué va a ser esto! ¡A tomar inmediatamente lo que le traen!

CORAL.—¡Si es que no puedo, María!...

MARÍA.—¡No puedo, no puedo! ¡Pues hay que poder! *(A la* DONCELLA:) ¡Trae, trae!

CORAL.—¡No, no; de veras no! *(La* DONCELLA, *mientras tanto, ha traído la mesa.)*

MARÍA.—¡Anda, un poquito de caldo; anda!

CORAL.—Pero...

MARÍA.—Aunque sea bebido. ¡Así! ¡Toma!...

¡Vaya! (CORAL, *como una persona inconsciente, coge el tazón de caldo, y se lo bebe.)* ¡Así! Ahora, un poco de jerez.

CORAL.—¿También eso?

DONCELLA.—Sí, señorita; le hace bien.

MARÍA.—¡Bebe, mujer, bebe! (CORAL *se bebe el jerez.)*

CORAL.—Y nada más.

MARÍA.—Un poquito de compota.

DONCELLA.—Está muy buena.

CORAL.—¡No, basta! Me ha costado un verdadero sacrificio tomar lo que he tomado. De veras.

MARÍA.—Pero...

CORAL.—No lo podría resistir.

MARÍA.—¡Bueno, bueno! *(A la* DONCELLA:) Llévate todo eso. ¡Qué le vamos a hacer!

DONCELLA.—*(Cogiendo el servicio.)*—¿Quiere una taza de te con leche la señorita?

CORAL.—No; no quiero nada. ¡Déjame!

DONCELLA.—¡Vaya por Dios! *(Mutis.)*

ESCENA IV

CORAL y MARÍA.

MARÍA.—Bueno, ¿se puede saber qué es esto?

CORAL.—Nada.

MARÍA.—Y la llantina y el soponcio de anoche, ¿también fueron nada? ¿Es que te has figurado

que me vas a engañar a mí como a una simple? Tú no comes, tú no duermes, que bien te oigo desde mi cuarto revolverte toda la noche, y suspirar, y sollozar. Te estás quedando ~~como el espíritu de la golosina~~. ¿Tú crees que yo puedo consentir esto? Desde el día de Nochebuena, que en mala hora te hice caso llamando al galancete de la esquina, que, gracias a Dios, no ha vuelto a aparecer, tú no vives, Coral. Esto que haces no es vivir: es repudrirse y morirse, y yo no lo consiento, ¡ea! Ni lo consiento, ni te agradezco que me des la callada por respuesta. Doce años hace que voy contigo a todas partes. Eres lo único que tengo en el mundo, y como a una hija te quiero. Tus penas, tus tristezas, mías son, porque como mías las siento; pero quiero saberlas, quiero compartirlas, quiero remediarlas si es posible, que sí será; que no te vas a dejar morir ahora por una ventolera. ¡Vamos, habla! ¿Es por él? ¿Sí? ¿Qué tienes?

CORAL.—¡Por él, sí!

MARÍA.—¡Ah! Ya decía yo que había hecho un pan como unas hostias llamándole. ¿Le has vuelto a ver desde Nochebuena?

CORAL.—Sí, una vez más.

MARÍA.—¡Tú estás loca, Coral, tú estás loca! Ves a un hombre cinco o seis veces en la calle, hablas con él hasta cinco minutos, lo echas tú misma de tu casa, y luego sales enamorándote de él. ¿Me quieres decir dónde se ha visto un disparate

como éste? *(Pausa.)* No sé qué tiene ese hombre para...

CORAL.—A lo mejor, no lo sé ni yo tampoco; ni me hace falta saberlo. A un novelista o a un autor dramático puedes pedirle una justificación para que un personaje se enamore de otro. Pero en la vida real no le pidas justificación al Amor, que no la tiene; por eso es Amor.

MARÍA.—Ya salimos con la canción de siempre. ¡Tanto leer y tanto no dormir! Y así estás: que hablas como los libros, y no como las personas. En resumidas cuentas: ¿le has vuelto a ver? ¿Cuándo, cómo, dónde?

CORAL.—En la calle. Iba yo en mi coche, en la Moncloa. Lo vi, detuve el carruaje y bajé a hablar con él.

MARÍA.—¿Lo habías citado allí?

CORAL.—No; lo encontré por casualidad.

MARÍA.—Bueno, ¿y qué dijo? ¿De qué hablasteis? ¡Cuenta, mujer!

CORAL.—¡De qué íbamos a hablar! De amor, de nuestro amor. El casi no quería darse por enterado. Se negó a todo. *(Pausa.)* He ido a buscarlo a su casa dos o tres veces.

MARÍA.—¿Tú?

CORAL.—Yo, sí. Y, o no estaba, o no quiso recibirme. Le he escrito tres cartas...

MARÍA.—¡Que le has escrito! Pero, ¿por qué? ¿Para qué? *(Pequeña pausa.)* ¡No habrá contestado!

CORAL.—Sí; ha contestado con evasivas... con versos... Mira *(Sacando de debajo del pañolón la carta con los papeles.)*, los estaba releyendo por la centésima vez cuando tú llegaste. ¡Mira, oye! Esta es la primera. "Señorita: Me pregunta usted el por qué de mi huída, y dice usted bien: huída, eso es; y si le huyo a usted, usted sabrá por qué; yo no quiero decírselo. No quiero, y no puedo. Creo que estoy enamorado, pero no sé de quién."

MARÍA.—¡Válgame Dios, qué carta más extraña!

CORAL.—¡Atiende, atiende! "Lo creo porque, sin ser poeta, me he puesto a hacer versos, y esto sólo ocurre gracias al amor. Los versos que hice anoche son éstos. Me figuro que es un soneto. Se lo envío a usted:

Brilla en el negro fondo de tus ojos
la imagen de un amor que no es el mío,
y tu carne conoce el desvarío
de darse a otra pasión y a otros antojos.

En la flor venenosa de tu boca
la huella de otros labios está impresa,
y me mancha tu boca si me besa,
y me hiere tu mano si me toca.

Déjame en paz, mujer; dame al olvido,
pues de vergüenza y celos estoy loco,
y tengo el corazón tan mal herido

que te hundo en el horror de tu pasado.
¡Si para ser tu dueño soy muy poco,
soy, para repartirte, demasiado!"

(MARÍA *oye la terminación de los versos con una cara de asombro, y no dice ni pío.* CORAL *repite para sí:)* ¡Soy, para repartirte, demasiado! *(Dirigiéndose a* MARÍA:) ¿Comprendes? Contesté con una carta larga y sincera, diciéndole que había visto clara la alusión, que me hería y que me halagaba a la vez, y le suplicaba que viniera.

MARÍA.—¿Que viniera?

CORAL.—Sí, ¿por qué no? Su respuesta fueron estos versos, en un sobre, sin una línea más, sin un comentario:

"Junto el inmenso orgullo de quererte
y la espantosa pena de dejarte,
la certeza fatal de no olvidarte
y el temor de llegar a aborrecerte.

Complica la amargura de mi suerte
tu crueldad, que me obliga a abandonarte;
sólo quiero vivir para llorarte,
y el dolor de partir me da la muerte.

Orgulloso de ser tu enamorado,
al verme de tu amor abandonado,
a mi Dios olvidarte no le pido;

que si el olvido fuérame otorgado,
muriera, de olvidarte avergonzado,
igual que muero porque no te olvido."

(Pausa breve.) ¿Comprendes ahora?

MARÍA.—Comprendo que no te querrá, cuando...

CORAL.—¿Que no me querrá? ¿Que no me quiere? ¡Cuando no se quiere, no se escribe así! ¡Me quiere... y no quiere quererme...! Me quiere y no quiere quererme y me huye, porque soy una cualquiera.

MARÍA.—¡Oh, no digas eso!

CORAL.—Sí, una cualquiera; el pasatiempo de otro hombre, una entretenida.

MARÍA.—¡No disparates, mujer!

CORAL.—Sí, una entretenida; lo más abyecto, lo más bajo que puede ser una mujer. ¿No debo fingir que soy viuda para que los vecinos no me desprecien, no desprecien a mi pobre hija, que no tiene apellido? ¿Es situación la mía?

MARÍA.—Pero Diego es bueno...

CORAL.—¿Bueno? ¿Por qué? ¿Porque no es malo? Pues no basta; hay que ser bueno por algo más, por hacer el bien, y no sé yo que sea una virtud pagarse un lujo y un capricho...

MARÍA.—¡¡Coral!!

CORAL.—Un lujo y un capricho: eso soy para él. ¿Qué me da a mí ese hombre? ¿El pan que como? Pues no basta. Yo sabía ganármelo; acaso me lo esté ganando ahora de otra manera.

María.—¡Oh, no digas eso! No te has casado con Diego, pero es igual que si fueras su esposa.

Coral.—¿Igual? ¿Sale conmigo alguna vez? ¡Nunca! Y si no se pasea conmigo en coche; si no le puedo escribir a su casa cuando no le veo, sino al Casino, para que no se entere su familia, es porque se avergüenza de mí, porque él es el señor vizconde y yo soy una cualquiera. ¡Sí, mujer, sí! Así lo cree él, y así siente. ¡Sí, sí, calla; no me digas nada; no trates de convencerme, porque yo sé lo que digo! Y todo eso, comprenderás que es una ofensa para mí. ¡Oh, no, no; basta! ¡No puedo vivir más así! ¡No quiero vivir más así!

María—¡Coral, Coral, por Dios! Reflexiona, ten calma; tú estás loca, trastornada; todas esas ideas te las ha imbuído él, te las ha dicho él, ese hombre maldito.

Coral.—No le maldigas.

María.—Pero te las ha dicho él, la vez que hablasteis.

Coral.—No me las ha dicho, pero me las ha dado a entender, y eso más le debo; y lo quiero, y lo necesito. Yo necesito de una ilusión, de un sentimiento romántico, de desinterés y de ternura, que me haga vivir más humanamente. He encontrado quien pueda dármelo, y no renuncio a él. ¡No quiero renunciar a él!

ESCENA V

CORAL, MARÍA y ARACELI, que llega de la calle muy sofocada.

CORAL.—¡Araceli, al fin! ¡Qué! ¿Lo has visto?

ARACELI.—¡Pero, mujer...!

CORAL.—Puedes hablar; María lo sabe todo, se lo he dicho todo. ¿Lo has visto?

ARACELI.—Sí.

MARÍA.—Pero ¿tú has ido a ver a ese hombre? ¿Tú te has prestado a eso?

ARACELI.—Ella me lo pidió llorando, ¿qué iba yo a jaser? Dir; lo que hubieras jecho tú: dir, y sarga el sol por Antequera; yo no podía verla llorar.

MARÍA.—¡Señor, Señor! ¿Pero habéis perdido el juicio?

CORAL.—¡Bueno, calla! ¿Lo has visto? ¿Qué dice?

ARACELI.—Que se va.

CORAL.—¿Que se va?

ARACELI.—Esta noche misma se va a Cádiz.

CORAL.—¡Dios mío, esta noche!

ARACELI.—Pero sosiégate, que antes va a vení a verte; va a vení ahora mesmo, y yo no me he adelantao para prevenirte; sosiégate, mujer, que está chalaito por ti.

CORAL.—Pero ¿qué te ha dicho? ¿Dónde lo encontraste?

ARACELI.—Verás. Con el papel que tú me diste se lo di a un cochero, que lo leyó, y, corriendito, me llevó al sitio. La portera no me dejaba pasar, y yo voy y le dije, digo: que me ha sitao er escultó del piso quinto, que me va a jaser una estauta, y ella, entonces, me dijo, dise: "¿Es usted modelo?" "Eso mesmo", le contesté, y eché a corré escaleras arriba. ¡Josú! Llegé que tenía el corasón en la boca.

MARÍA.—¡Qué locura, Dios mío!

CORAL.—Acaba, mujer, acaba.

ARACELI.—Me abrió un chico; me dijo que el señor don Fernando no estaba, y yo que sí, y él que no, y yo que sí, y cuando le dije que era una modelo de ésas, entonses ya vino él mismo, ¡más guapo!, con un mandí blanco, que paresía un dotó, y las manos llenas de tierra, pero muy guapo y muy simpático, y me pasó a un cuarto, que estaba lleno de estautas, toas envuertas en unos paños mojaos, que paresían talmente que habían salío del baño, y cuando supo que yo venía de tu parte, a lo primero me dijo que no te conosía, y yo que sí, y él que no, y yo que sí, hasta que le dije que yo vivía contigo y que le llevaba una carta, y que la tenía que leé, y asín que la leyó, yo me puse de rodiya delante de él...

MARÍA.—¡Jesús, Jesús!

ARACELI.—Y por Dió y por la Vinge le rogué,

y él me dijo, dise: "Que me tengo que dí esta noche para Cádi", y yo le yoré para que no se fuea sin vení a hablá contigo, porque tú te ibas a morí si no le veías, y entonses, a la que me vió que yoraba, me dijo, dise: "Váyase usted tranquila, que detrás de osté voy yo", y he venío corriendo, y na más.

CORAL.—Gracias, Araceli. Dios te lo pague.

ARACELI.—Aguarda, mujer; se me orvidaba. A lo que yo iba ya a dirme, me preguntó si yo te tocaba argo, y cuando yo le dije que era tu tía, me apretó las dos manos y me dijo, dise... ¿Cómo me dijo?

CORAL.—¿Qué?

ARACELI.—Me dijo, dise: ¡Ah! Ya me acuerdo! Me dijo, dise: "Pues yo quiero a su sobrina como naide la ha querío en el mundo; como no he querío a naide en el mundo, asín", y se le saltaron las lágrimas. ¡Pobresiyo!

MARÍA.—Pobrecillo, sí! ¡Pobres de nosotras! En valiente lío te has metido tú. Pero ¿cómo has tenido valor? Yo no comprendo...

ARACELI.—Yo...

MARÍA.—Pero ¿tú sabes a lo que puede dar lugar todo esto?

ARACELI.—¡Ay! ¡Por Dió, no me atorulle osté, señá María, que le mete osté a una el corasón en un puño! ¡Yo qué iba a jaser! ¡Si yo la quiero como si fuea mi hermana! Como si fuea mi madre; mas... la vi yorando, y ¿qué iba a jaser? Si

me hubiera mandao rodar, roando hubiera salido.

CORAL.—Gracias, Araceli, gracias.

ESCENA VI

DICHAS y la DONCELLA por la lateral.

DONCELLA.—Señora, este caballero, que si puede usted recibirle. *(Dándole una tarjeta.)*

ARACELI.—¡Ya está ahí!

CORAL.—*(Que ha leído la tarjeta.)*—Dígale usted que haga el favor de esperar unos instantes.

DONCELLA.—¿Le hago pasar a la sala?

CORAL.—Naturalmente. *(La* CRIADA *hace mutis.)*

CORAL.—*(A* ARACELI.)—Tú y tú, esperad. María, vete al salón y hazle pasar aquí, y tú, Araceli, mientras yo hablo con él, ve al ventanuco del recibimiento y atisba si viene Diego, y cuando le veas venir, me avisas.

ARACELI.—Bueno, mujer.

CORAL.—Aguarda, María; tú, cuando le hagas pasar aquí, te vas con Araceli, y, si hace falta, me venís a avisar las dos, para hacerle salir por la puerta de servicio. Anda, anda. (ARACELI *hace mutis por el foro, y* MARÍA, *por la lateral.* MARÍA *exclamando:)*

MARÍA.—¡Que Dios nos saque con bien! (CORAL, *mientras tanto, se arregla el pelo y se mira ante un espejo.)*

ESCENA VII

CORAL y JOSÉ FERNANDO precedido de MARÍA que, después de introducirlo, hace mutis resignadamente por el foro, cerrando la puerta tras sí.

MARÍA.—Pase usted, pase usted.

JOSÉ.—Buenas tardes.

CORAL.—*(Aguarda sin responder a que* MARÍA *haya hecho mutis, que lo hace muy lentamente.)* ¡Fernando!

JOSÉ.—Señorita... Me ha mandado usted llamar.

CORAL.—¿Te vas? ¿Es verdad que te vas? (JOSÉ *hace una inclinación de cabeza.)* No, dime que no; dime que no es verdad, di que has mentido.

JOSÉ.—Yo no sé mentir.

CORAL.—¡Fernando!

JOSÉ.—Serénese usted, se lo ruego.

CORAL.—Pero es...

JOSÉ.—Estoy aquí haciéndome una violencia enorme; usted no sabe hasta qué punto...

CORAL.—Pero ¿por qué?

JOSÉ.—Déjeme usted hablar, se lo suplico. Es la tercera vez que hablamos en la vida...

CORAL.—Y no ha de ser la última, no; el corazón me lo dice, y mi corazón no me engaña nunca.

José.—Ahora, sí.

Coral.—Tú sabes que no puedes irte así, que yo no te he dado ningún motivo.

José.—Usted, no.

Coral.—¿Quién, entonces? *(Pausa.)* Siéntate.

José.—No puedo sentarme aquí, perdóneme.

Coral.—¡Fernando, Fernando, por Dios! No me contestes con esa frialdad, con ese usted ceremonioso, que ya no cabe entre nosotros. ¿Qué razón hay para todo esto? Di, ¿qué razón?

José.—Una sola: la calidad del amor que siento por ti.

Coral.—¡Fernando, Fernando mío!

José.—¡No, no! ¡No, no! No te acerques, no te acerques, o me voy inmediatamente de aquí.

Coral.—¿Me rechazas?

José.—Te rechazo, sí; te rechazo con todas mis fuerzas, con todas mis energías, con todo mi dolor; te rechazo, y te rechazaré siempre.

Coral.—¡Dios mío, Dios mío! ¡Es demasiado! *(Cae llorando en la butaca.)*

José.—Te rechazo porque te quiero, porque te quiero con toda mi alma, con todos mis nervios, con todos mis sentidos, con todos mis sueños y con todas mis ansias, y te quiero tan mía, tanto, que, como no puedes ser mía, no puedo quererte.

Coral.—¡Fernando!

José.—No puedo quererte, entiéndeme, no puedo quererte porque fuiste para mí como una aparición; porque el primer día en que te vi sentí que

había de ser tu esclavo, sentí algo más fuerte que el destino, más fuerte que la muerte, que me ataba a tu vida para siempre, y yo no sabía tu vida, y quería darte la mía toda entera; y cuando la supe, ahora que la sé, quiero romper esta cadena, y la rompo y me voy, porque este amor sería la vergüenza, el dolor y la desgracia de toda mi vida.

CORAL.—Porque soy...

JOSÉ.—Porque eres... lo que tu suerte ha querido que fueras, y ya no puedes ser para mí. Sólo Dios sabe con cuánta ilusión subí la primera vez las escaleras de esta casa, que no es ni tuya ni mía. Sólo Dios sabe con cuánto dolor las bajé. Un ángel, tu hija, me arrojó del paraíso. Desde entonces yo no vivo, desde entonces estoy envenenado por la desesperación y por los celos. ¿Qué quieres de mí? ¿El engaño? ¿La mentira? ¿El fraude? ¿Un amor a escondidas? ¿Un amor muerto de vergüenza? Yo no sé amar así; sólo sé amar dignamente, libremente, a la luz del día, sin reproches, sin celos, sin sospechas, sin engaños, sin todos esos acicates que necesita el amor falso, el amor torpe y mezquino, ese placer vicioso y canalla que se disfraza de amor.

CORAL.—¡Oh! ¡No, Fernando; tú sabes que mi sentimiento no es ese!

JOSÉ.—¿No? ¿Cuál es entonces? ¿Qué es lo que me has ofrecido y lo que yo he rechazado? ¿Un falso romanticismo de novela y de teatro, eso? ¿La

llave por el balcón, la entrada a escondidas, la despedida al alba? Pues no, no; eso, no. Romeo temiendo el canto de la alondra, bueno cuando Julieta es Julieta y sólo teme a su padre; pero cuando el padre no es padre, sino que es otro amante, entonces, no, porque entonces Romeo es el caballero Des Grieux, y a veces algo mucho más triste y mucho menos ingenuo. Ya ves que yo también conozco esa literatura que ha extraviado tu sensibilidad y tu sentido moral. Yo no le pido a una mujer un amor solo en toda su vida, no; la vida es larga, y cambia, y trae y se lleva, pero un solo amor cada vez que tiene un amor, eso, sí; que quiera a uno solo, a uno por vez; que no se reparta, que no mienta, que no finja un amor y tenga otro, que en eso, y nada más que en eso, estriba la verdadera honestidad. *(Pequeña pausa.)* ¿Qué quieres hacer de mí? ¡Un traidor!

CORAL.—¡Oh! ¡Eso!...

JOSÉ.—Eso podrías hacer de mí. ¡Un traidor, un miserable, el complemento de las mujeres que viven como tú!

CORAL.—¡Fernando, que me estás ofendiendo!

JOSÉ.—Perdóname; te adoro sobre todas las cosas de la tierra, y no puedo hablar sin ofenderte. Ya ves.

CORAL.—Pero es que yo te quiero con toda mi alma; yo no tengo la culpa de lo que ha sido antes de conocerte, y te quiero: eso es todo lo que sé. Te quiero. Y no puedo decirte otra cosa, y no

encuentro otra razón: te quiero, te quiero, Fernando mío, te quiero.

JOSÉ.—¿Me quieres? *(Ella se ha acercado a él y él la ha cogido las manos.)* Pruébamelo. ¡Vámonos!

CORAL.—¿Irnos? ¿Cuándo? ¿Dónde?

JOSÉ.—Conmigo, ahora. Esta noche sale el tren de Andalucía; yo voy a Cádiz para embarcar a Canarias pasado mañana. Me voy, porque la vida me es insoportable aquí sin ti. Vámonos.

CORAL.—¿Y mi hija?

JOSÉ.—Contigo, conmigo también. Tú no tienes culpa de lo que ha sido tu vida antes de mí, y si estás conmigo, ya nada me importa. El pasado no es mío; pero el presente, sí, el futuro, sí deben serlo; pero míos, míos solo. Vendrás conmigo, con tu hija, los tres, a casa de mi madre. Anda, dime que sí, dime que vendrás.

CORAL.—¡Fernando! *(Desasiéndose de él.)* No, no, soñamos; no puedo.

JOSÉ.—No quieres.

CORAL.—No puedo. Hay una pobre mujer, María, que vive conmigo hace doce años; mi tía Araceli, esa que fué a buscarte hoy, su marido y mi otro tío, Frasquito, han venido de Córdoba traídos por ese hombre, que les ha dado trabajo, colocación; todos dependen de mí, todos se quedarían sin pan; yo no puedo dejarlos. Sería una locura y una mala acción.

JOSÉ.—Pues, entonces, debes dejarme a mí.

CORAL.—¡Oh! ¡No! ¡Eso, no; eso, no, Fernando!

JOSÉ.—Pues vámonos.

CORAL.—Pero ¿cómo? ¿Así? ¡Qué pensarías tú de mí, si apenas nos conocemos!

JOSÉ.—¿Ahora me dices eso, después de haberme dicho antes todo lo contrario? ¿Para eso me has llamado? Ten siquiera un poco de lógica, mujer.

CORAL.—¡Espera, por Dios!

JOSÉ.—Yo no quiero esperar. Por no esperar me marcho hoy mismo, porque la espera son los celos, la rabia, la desventura y la vergüenza.

CORAL.—¡Fernando! ¡Fernando!

JOSÉ.—No, no; basta, basta. No vuelvas a acercarte a mí; tú eres la tentación y la deshonra, y tendré que volver a insultarte, que volver a ofenderte, que volver a herirte, y no quiero, no quiero. Déjame, déjame.

CORAL.—Fernando, por Dios, no te vayas, no te vayas así.

JOSÉ.—¡Déjame te digo, que yo no quiero maltratarte, pero no quiero ser tuyo!

CORAL.—¡Fernando!

JOSÉ.—Déjame, déjame; eres la entretenida del Vizconde, eres la vergüenza y la infamia, y no sé si te adoro...

CORAL.—¡Oh!

JOSÉ.—O te aborrezco. ¡Déjame! ¡Déjame! *(En las últimas frases de este diálogo,* JOSÉ FER-

NANDO *habrá ido empujando a* CORAL *hasta sentarla otra vez en la butaca, donde ella se quedó llorando. Con el último "¡Déjame!" se ha separado de ella y ha cogido su sombrero, y hace mutis por la puerta izquierda.)*

CORAL.—*(Que no se ha dado cuenta bien de la situación, se levanta como quien despierta de un sueño.)*—¡Fernando! ¡Fernan...! *(Llega hasta la puerta lateral, y con otra voz rota por el desaliento, exclama:)* ¡Se fué! *(Cae de rodillas; luego se levanta llorando y atraviesa toda la escena para ir a caer, ahogada por los sollozos, en el diván de segundo término a la derecha.)* ¡Se fué, para siempre, para siempre!

ESCENA VIII

CORAL, ARACELI y MARÍA por el foro.

MARÍA.—*(Entrando.)*—¡Coral!

ARACELI.—*(Entrando.)*—¡Coralillo! *(Viéndodola en el diván.)* ¡Pero, mujer!

MARÍA.—¿Qué tienes? ¿Qué te pasa?

CORAL.—Nada. *(Se levanta del diván para ir a sentarse en la butaca.)* ¡Se fué! ¡Se fué!

ARACELI.—Pero ¿os habéis peleao?

MARÍA.—*(A* ARACELI.)—Calla, calla; déjala. *(A* CORAL.) Nosotras veníamos a avisarte que el tío Rafael venía, y ya debe haber entrado en el

portal, y como sube por la escalera de servicio... Vamos, serénate, que no te encuentre así. Para qué va a enterarse. ¿Quieres un poco de agua de Colonia?

CORAL.—¡Quiero morirme!

MARÍA.—Anda, anda, sosiégate; calla. Cuando se vaya Rafael, hablaremos nosotras. Ya me contarás; ya lo remediaremos.

ESCENA IX

DICHOS y RAFAEL por el foro.

RAFAEL.—Buenas tardes.

MARÍA.—Buenas tardes.

RAFAEL.—¡Que he dicho buenas tardes!

MARÍA.—Buenas tardes.

RAFAEL.—Si usted ya me ha contestao; he dicho buenas tardes tres veses, y ésas...

CORAL.—Buenas tardes, Rafael.

ARACELI.—Dispensa, hijo; no habíamos reparao.

RAFAEL.—*(A* CORAL.)—¿Qué pasa? ¿Tenemos cara de sircunstansia? Mejón. A una mujé le sienta mejón la tritesa que la juerga; la tristesa es siempre más desente que la alegría. Tú *(A* ARACELI.), tú, ¿has ido por las calsonas en casa del aperaor?

ARACELI.—¡Ay! Se me ha orvidao.

RAFAEL.—Pues no debía habérsete orvidao.

ARACELI.—Dispensa, hijo; eso no depende de mi voluntad.

RAFAEL.—Pos dile a tu voluntá que tenga más cuidao, y ya te estás largando en casa del aperaor, que mañana nesesito yo las calsonas.

ARACELI.—Bueno, hombre, bueno. *(Mutis.)*

RAFAEL.—María, si jase osté el favó, que me traigan una poca agua; yo se lo voy a agradesé.

MARÍA.—Yo misma se la traigo.

RAFAEL.—Mejón; más pronto vendrá. (MARÍA *mutis foro.* RAFAEL *va a sentarse en la silla que está delante del escritorio de señora, y, repiqueteando con los dedos en el tablero, canta en voz muy baja.)*

Te quisiera preguntar
si cuando me ves te alegras
o te sirve de pesar.
Primita, primita mía,
te quisiera preguntar.

MARÍA.—*(Que vuelve con el agua y una botella de aguardiente.)* El agua y, por si se le antoja, una poquito de cazalla del clavel.

RAFAEL—¿Es osté sahorí?

MARÍA.—¿Por qué?

RAFAEL.—Porque me ha leío osté el pensamiento. Ahora mesmo me estaba disiendo, digo: "¿Por qué no la habré pedío con aguardiente?", y na,

como lo había pensao. *(Se sirve con la botella un poco en el agua, se la bebe de un trago y se limpia con el dorso de la mano.)* Su tocaya, la Vinje, se lo pague a osté, María. *(Mutis* MARÍA *foro.)* Güeno está lo güeno. Me pensé que estaba aquí el señorito Diego, y que ése salía de ver al señorito Diego.

CORAL.—¿Quién es ése?

RAFAEL.—Ese, mujer; el escultor, no te jagas de nuevas.

CORAL.—El escultor, que no sé quién es, no salía de aquí.

RAFAEL.—El escultor, que sí sabe quién e, salía de aquí, y no de ver al señorito Diego; eso e mu fásil de calculá, porque el señorito don Diego no está.

CORAL.—Ese hombre saldría de esta casa, pero...

RAFAEL.—Ese hombre salía de este piso, que en el pasillo mos tropesamo, y él me dió las buenas tardes, y yo le miré de arriba a abajo, por no contestarle de otra manera.

CORAL.—Pues hiciste mal.

RAFAEL.—Hise lo que me salió del alma.

CORAL.—Y me ofendiste y me lastimaste a mí. Porque debes respetar a cuantos encuentres en mi casa, porque en mi casa mando yo.

RAFAEL.—En tu casa mandarás tú, pero en mi vergüensa mando yo.

CORAL.—Ya lo veo, y ese es el mal, que tú man-

des en tu vergüenza y no tu vergüenza en ti; que no tengas vergüenza para consentir que yo sea la amiga de un hombre porque te conviene, y ahora vengas a echártelas de moralista porque se te antoja que te peligra el puesto si yo dejo al señorito.

RAFAEL.—Mira, Corá, ¿vamo a hablá claro?

CORAL.—Vamos a hablar como tú quieras.

RAFAEL.—Pos vamos a hablá. Pero eso de la vergüensa te lo vas a tené que comé, que hay vergüensas de vergüensas. *(Se dirige al foro y cierra la puerta.)*

CORAL.—Yo la he tenido siempre.

RAFAEL.—Fantesía, eso e lo que has tenío tú. De casa te fuiste en cuantito que murió mae, a cantá y a bailá...

CORAL.—Para ganarme la vida, para no seros gravosa...

RAFAEL.—Pos fué... una mala vergüensa... Ca aluego te dió reparo sé gente de tablao... y te gorviste curandera de las mano..., y esa fué otra vergüensa...

CORAL.—¿Vergüenza eso? Yo era honrada...

RAFAEL.—Güeno. Una vergüensa... no tan mala; pero no me va a convensé ahora que sobale los deos a la gente sea un ofisio. Eso, no, Corá. Que aluego trompesaste con el señorito don Diego y que no ibas a pretendé que se casara contigo, que tú no ere de su clase...

CORAL.—¡Oh!...

RAFAEL.—No ere de su clase, ¡mujé!, no tengas tantos muñecos en la cabesa, y eso fué una vergüensa, pero una buena vergüensa.

CORAL.—¡Ah! ¿Sí?

RAFAEL.—Sí, señó; pero que ahora consientas que entre en tu casa un hombre que te ronda...

CORAL.—Eso no es verdad.

RAFAEL.—Eso es verdá, y eso, eso es otra mala vergüenza, Corá, y no se puen tener tantas bromas con la vergüensa y darle tanto meneo, porque la vergüensa también se gasta y acaba por perderse. Eso es. Claro querías que hablara; claro estoy hablando, como un cristal.

CORAL.—¿Esto es todo lo que tienes que decirme?

RAFAEL.—No; tengo má, que siempre he jugao limpio. Pos, bueno; como yo no quería que perdieras la vergüensa, y soy mu avisorao, y estoy en too, me enteré a tiempo der rondar der galán, y der asedio, y de los paseos por la esquina, y averigüé quién era er galán, y como nunca se me pasó, ¿lo oyes?, como nunca se me pasó ni por la estela del pensamiento que tú lo consintieras y lo admitieras en esta casa, como nunca se me ha figurao que tú ibas a tené parte en nada, yo le he avisao al señorito las intensiones del galán, para que se pusiera en guardia. Ya lo sabes.

CORAL.—¿Tú has hecho eso? ¡Tú!

RAFAEL.—Yo mesmo.

CORAL.—Y eso qué es, ¿buena o mala vergüenza?

RAFAEL.—Eso era mi deber, porque el señorito es el que me da el pan.

CORAL.—El pan te lo doy yo, que por mí te lo dan, ¡canalla!

RAFAEL.—¡Por vía e Dió! ¡Ea! ¡Despasito por las piedras! Er pan me lo dan mi trabajo y mi suor, y yo soy un hombre de bien, y er señorito es er amo, y yo soy el que le guarda el ganao, y vamo a cayarnos, que a mí de todo esto no me toca na; del barro de tu familia ya no me salpica na, que si como soy tu tío político, fuea tu tío carnal, como Frasquito...

CORAL.—¿Que si fueras como Frasquito?

RAFAEL.—Si fuea como Frasquito...

ESCENA X

CORAL, RAFAEL y FRASQUITO, que abre violentamente la puerta que antes cerró RAFAEL.

FRASQUITO.—¿Qué pasa con Frasquito?

RAFAEL.—¡Hola! ¿Estabas oyendo o te han ío con el soplo? ¿Quién ha sío el chivato?

FRASQUITO.—En mi familia y en esta casa no hay chivatos, Rafael, ni naide ha soplao na. Buenas tardes, sobrina. Venía yo, porque era naturá que viniera, y te he oío gritá, porque era naturá

que te oyera, que pa eso gritabas, y como gritabas, Frasquito, y lo gritabais los dos, pos vengo yo, y pregunto: ¿qué hay con Frasquito? Na más que eso.

CORAL.—No hay nada, tío; no vale la pena.

RAFAEL.—Hay too, y vale mucho la pena.

CORAL.—¡Rafael, por Dios!

FRASQUITO.—Déjalo que hable, mujé.

RAFAEL.—Pos tú verá lo que hay. Hay, que al llegá me he encontrao en la escalera al escurtó ése, que salía de aquí.

FRASQUITO.—¿De aquí?

CORAL.—Es que...

RAFAEL.—Que salía de aquí.

FRASQUITO.—¡Corá!

RAFAEL.—¡Que salía de aquí, déjame acabá!

CORAL.—Pero ¿a ti también te había dicho?...

RAFAEL.—Naturá. Este e mi hermano, y yo no tengo secreto con mis hermanos. Pos nada, que le dije a ésta lo que me pensé que debía desirle, y ella se me revorvió y me yamó canalla, y yo le dije, digo: "No hablemo más, que si al iguá de sé Rafaé, fuea yo Frasquito, ya sabría yo lo que tendría que jaser", y en eso entraba tú.

FRASQUITO.—Y yo también, y Araseli, y toos sabemos lo que tenemo que jaser, que e no poner un pie más en esta casa ninguno de los tres.

CORAL.—¡Pero, tío Frasquito!

FRASQUITO.—Ninguno de los tres.

RAFAEL.—¡Olé!

FRASQUITO.—Que si te creías tú que yo te iba a defendé, te creías un imposible, má imposible que toos los imposibles juntos.

RAFAEL.—¡Olé! ¡Asín se habla!

FRASQUITO.—Tu tío soy, porque po la sangre soy tu tío, pero por los hechos y por la voluntá soy como tu padre, que de mi pobre cuñao Juan tú no pués acordarte, y de mí, sí te debía acordar pa no mancharme las canas con una mala vergüensa.

RAFAEL.—Ahí está, mis mesmas palabras: una mala vergüensa.

CORAL.—Pero ¿es que os ha entrado de repente a los dos un arrechucho de moralidad y de decencia que no habéis tenido nunca, o estáis locos y empezáis a chillar y vociferar sin averiguar antes?...

FRASQUITO.—Eso de la locura más me paese que te toca a ti, pero allá tú con eya; que acá no queremos que, por tu curpa, nos paseen er pan en aeroplano por ensima de la cabesa.

CORAL.—¿El pan, eh? Eso es lo que os inquieta: el pan, los cuartos, pues sois unos miserables y unos ingratos que no merecéis cuanto hago por vosotros.

RAFAEL.—¡Mira...!

CORAL.—Basta, basta. Tomad el partido que queráis. Marchaos, si queréis marcharos, pero de todo esto ni una palabra más.

FRASQUITO.—Es que nosotros...

CORAL.—Vosotros sois todo lo parientes míos que queráis ser, pero esta es mi casa y no os oigo más. *(Va a hacer mutis por el foro.)*

ESCENA XI

DICHOS y DIEGO por la izquierda.

DIEGO.—*(Entrando.)*—¿Dónde vas?

CORAL.—Tú, ¿pero de dónde sales?

DIEGO.—Llego ahora mismo. Entré antes al despachito. *(Mirando a* RAFAEL *y a* FRASQUITO.) ¡Hola!

RAFAEL.—A la pa de Dió, mi amo.

FRASQUITO.—Güenas tardes, señorito.

DIEGO.—¿Qué os trae por aquí?

RAFAEL.—Habemos venío pa darle rasón ar señorito de la camá que hay que tentar. Y a ver cuándo quiere er señorito dir con nosotros.

FRASQUITO.—Ayer hisimo el apartijo y sólo le esperábamo a osté.

DIEGO.—¿Cuántos eran y cuántos se han desechado?

RAFAEL.—Pos del total de la camá, que eran... ¿Cuántos eran, tú, Frasquito?

FRASQUITO.—Dosientos ochenta y habemos desechao veintidó.

DIEGO.—¿Veintidós, nada más?

RAFAEL.—Los mal encornaos; ya tan má, tan má, que ni pa las novillás hubieran servío.

FRASQUITO.—Y los machos sólo. Que las hembras, siendo bravas, sirven toas; que ya sabe er señorito que er toro da er tipo, y la vaca, la bravura.

RAFAEL.—Ahora e menesté sabé cuáles son los bravo. Si ar señorito le parese, yo no quisiea que se tentaran más que las beserras; los machos, a lo mejón, se le carga de jierro y se lastiman, y a luego, en la plasa, al segundo puyaso, se acuerdan y se repuchan.

DIEGO.—¿Tú crees...?

RAFAEL.—¡Digo, y éste!

FRASQUITO.—Sí, señó; y a lo mejó queman un toro que no se debía quemá, y es una esaborisión.

DIEGO.—Bueno, bueno.

RAFAEL.—Si a osté le parese, mañana mesmo podemos empesar la tienta.

DIEGO.—El sábado, mejor, porque hasta el sábado no podré ir, y, además, quiero llevar algunos amigos.

RAFAEL.—Como er señorito disponga. ¿Osté mos manda argo?

DIEGO.—No, nada.

RAFAEL.—Pos nos vamos a dir.

FRASQUITO.—Adiós, Corá.

CORAL.—*(Que habrá ido a sentarse en su butaca)* Adiós.

FRASQUITO.—Pero dime adiós bien, mujé, que un acaloro es un acaloro y no es pa tanto rencó.

DIEGO.—¿Pero qué ha pasado?

FRASQUITO.—Nada, señorito. Cosas de familia. Pero familia semos y como familia mos queremos. Anda, hija, que eres mi sobrina, pero eres mi hija; ya sabes que te quiero como hija. Dame un abraso, y lo pasao, pasao. *(Se abrazan.)*

RAFAEL.—Yo también soy de tu familia, digo. ¿O ya no soy naide pa ti?

CORAL.—Sí, hombre, sí.

RAFAEL.—Pos dame otro abraso, entonses; y si te he fartao, perdona y orvida que ha sío con buen corasón.

CORAL.—Adiós, Rafael.

DIEGO.—¿Pero se puede saber qué ha sucedido?

RAFAEL.—Un acaloro sin importansia, pero con mu mala pata; y yo, aunque estaba osté delante, pos que no me quería ir asín, porque Corá e lo que más queremo en er mundo, y, la verdá...

DIEGO.—¿Pero estás llorando?

FRASQUITO.—De arrepentío, sí, señó, y yo también, porque mos hemos ío toos de la lengua.

CORAL.—Bueno; basta, basta. Ya pasó.

FRASQUITO.—Ya pasó. Que aquí semos toos una familia y toos mos queremo.

RAFAEL.—Y aquí tiene osté, pa quererle a osté también y pa defenderle en too lo que sea, dos hombres de verdá; dos hombres de corasón, dos

hombres que paesen uno, dos hermanos más unidos que...

FRASQUITO.—Que Caín y Abel...

RAFAEL.—Ezo que ha dicho Frasquito. ¡Caín y Abel? *(A* FRASQUITO.) Hala, tú. ¿Mos vamo?

FRASQUITO.—Vámono. Adiós, señorito; adiós, Corá.

RAFAEL.—A la pa e Dió, mi amo.

DIEGO.—Adiós, hombre, adiós. (FRASQUITO *y* RAFAEL *hacen mutis por la lateral izquierda.)*

ESCENA XII

CORAL y DIEGO.

DIEGO.—¿Se puede saber qué les pasaba a esos?

CORAL.—Nada, hijo, nada.

DIEGO.—Algo les pasaba; ya han dicho ellos que hubo un acaloro. Los dos repitieron que eran cosas de familia. ¿Qué cosas? Quiero yo saber.

CORAL.—Hablábamos de la chica.

DIEGO.—¿De Chabelita?

CORAL.—Sí. Como hoy es el santo de la hija de una vecina, y han invitado a Chabelita, y yo les dije que la habían invitado porque todos los vecinos me creían viuda e ignoraban nuestras relaciones..., pues se habló de ellas, y opinaron, y discutimos...

DIEGO.—¿Qué opinaron?

CORAL.—Sí, dieron su parecer; ya te imaginarás...

DIEGO.—¿Pero es que se meten también en eso?

CORAL.—No, ellos no se meten en nada; pero como es natural...

DIEGO.—No es natural. Espero que no pretenderán ahora que me case contigo.

CORAL.—No, nadie pretende eso, no te asustes, y yo menos que nadie.

DIEGO.—No sé a qué viene ese menos que nadie y ese asustes. Yo no me asusto. Pero ya sabes que es imposible. Mi madre no me lo consentiría nunca.

CORAL.—Ya lo sé. Lo que sí no me parece imposible es que reconozcas a la chica. *(Pausa. Asombro de él.)* Creo que ella también tiene derecho a un apellido, aunque sea tan ilustre como el tuyo, puesto que le corresponde.

DIEGO.—Oye, Coral ¿Tú te das cuenta del tono en que me estás hablando?

CORAL.—No sé. En el que siento.

DIEGO.—Pues parece que sintieras ganas de reñir.

CORAL.—Yo, no; acaso tú.

DIEGO.—Yo tenía que hablar contigo de otra cosa; pero no tengo ganas de reñir. En cuanto a nuestra hija..., la reconoceré... más tarde.

CORAL.—¡Ah!

DIEGO.—Ahora no puedo. Mamá pondría el

grito en el cielo; mis hermanas, no se diga. Ellas, tan devotas, tan morales...

CORAL.—¡Ah! ¿Es que es una herejía y una inmoralidad reconocer una hija? ¿Y si yo te lo exigiera, Diego?

DIEGO.—Pues te diría que no, que ahora no puedo, y te advertiría, una vez más, que no soy hombre que cede a exigencias. Pero no te lo digo. Te repito que no vengo a reñir.

CORAL.—Ya. Aquí, a esta casa, que es la casa de tu diversión y de tu vanidad..., no vienes más que a divertirte... cuando tienes gana, aunque yo no la tenga...

DIEGO.—¿Qué quieres decir, Coral?

CORAL.—Quiero decir... que soy para ti como uno de tus caballos de carrera...; y, la verdad, que no me gusta...

DIEGO.—Ni a mí me gusta que, sin motivos, me recibas así. Y si has reñido con tu tropa de gitanos...

CORAL.—¡Ah!

DIEGO.—Y te han puesto rabiosa, desahoga con ellos tu rabia, y no conmigo.

CORAL.—Es que...

DIEGO.—Y basta, Coral, basta. No quiero reñir, y ya estamos riñendo; basta. *(Ella se calla.)* ¡Señor, pues es lo que faltaba ahora!... *(Se pasea.)* ¿Decías algo?

CORAL.—No sé decir nada. Se lo diré a mis gitanos, como tú dices...

DIEGO.—Eso es; y harás muy bien... *(Pausa.)* ¿Pero me haces el favor de decirme a qué viene esto?

CORAL.—A nada, Diego. Soy yo la que te ruego ahora que no riñamos. Pudiera ser muy grave.

DIEGO.—¿Para quién?

CORAL.—Para los dos. Vamos a dejarlo, créeme; es mejor.

DIEGO.—Pues vamos a dejarlo. *(Levantándose de la silla donde se había sentado junto a ella. Al andar, repara en un estuche que hay sobre el escritorio. Lo coge y lo abre.)* ¡Eh! ¿Y esta joya, que yo no te conozco?

CORAL.—Es un regalo del Marqués.

DIEGO.—¿De Villalibrada?

CORAL.—De Villalibrada.

DIEGO.—Esta es una joya cara.

CORAL.—*(Levantándose.)*—Me la envió esta mañana con esta tarjeta. Toma, lee. *(Cogiendo la tarjeta, que está junto al estuche, y entregándosela.)*

DIEGO.—*(Leyendo.)*—"Coralito: Perdóname. Anoche el veintitrés se me repitió tres veces, y, al verme con tanto dinero robado a un ladrón y que tiene indulgencias por eso, me he acordado de ti, para quien quiero todos los tesoros de este mundo. Como no he podido ir a tomar tu café y sé que me echarás de menos, te indemnizo con ese pendentif; es gracioso, y creo que Diego no tomará a mala parte el regalo de un viejo, sin

malas intenciones, que sabe respetarte y te quiere como un padre."

CORAL.—¡Ya ves!

DIEGO.—Es una osadía muy amable, y Villalibrada puede permitírsela porque es muy buena persona y muy buen amigo.

CORAL.—Me alegro haber conservado la tarjeta, no fueras a pensar otra cosa.

DIEGO.—¡Oh, no! No pienso nada. Ya sé que los escultores sin trabajo y sin talento no pueden regalar joyas de valor.

CORAL.—¡Diego! ¿Qué dices?

DIEGO.—Pues lo que digo. ¿Quieres que te lo repita?

CORAL.—No. Quiero que me expliques; pero ahora mismo, ahora mismo...

DIEGO.—No te exaltes, mujer. Sé que te ronda un escultor... sin talento. He visto varias veces, al entrar y salir, un hombre que atisbaba estos balcones. Lo he vuelto a ver tres noches seguidas en tres teatros distintos, que no te quitaba ojo. Me ha dicho el *chauffeur* que un día, en la Moncloa, se acercó a ti, y que hablaste con él. Encargué a Rafael que averiguara quién era...

CORAL.—¡Ah! ¿Pero tú le encargaste a Rafael?

DIEGO.—Sin nombrarte para nada, naturalmente, y te he dado ahora esta broma, nada más.

CORAL.—¿Broma, verdad? ¡Broma! ¿Tú crees que es una broma ponerme en ridículo ante el

chauffeur y ante Rafael? ¡Pero se puede tolerar esto, Dios mío!

DIEGO.—¿Hubieras preferido una escena de celos?

CORAL.—*(Dándole la espalda, va despreciativamente a sentarse en la butaca.)*—Hubiera preferido no haberte encontrado nunca en mi camino.

DIEGO.—¡Coral!

CORAL.—Eso hubiera preferido. Yo me ganaba mi pan trabajando como una negra; pero era libre y nadie me ofendía, ni me maltrataba, ni me lucía como se luce un perro con un collar bonito, y no tenía amo y no tenía tampoco una hija sin apellido... ¡Oh, es horrible!

DIEGO.—Bueno, bueno, Coral. Déjate de lloriqueos y de escenas, y no me amargues la tarde.

CORAL.—No me amargues la vida tú, miserable.

DIEGO.—¡¡Pero, Coral!!

CORAL.—Sí, egoísta; que me tienes aquí prisionera, en una cárcel de oro; pero cárcel al fin, donde vivo sola, y como sola, y duermo sola, y me muero sola de aburrimiento y de desesperación. ¿Qué soy yo en el mundo? Nada. Una cosa. La entretenida de un Vizconde.

DIEGO.—¡Pero, Coral!

CORAL.—Una mujer de la vida galante, pero que no hace la vida galante; una pobre mujer de su casa, que no tiene casa, ni tiene marido, ni tiene padre para su hija.

DIEGO.—¡Ay, ay, ay! Yo no te conocía bajo este aspecto, Coral. Me das una sorpresa.

CORAL.—*(Poniéndose repentinamente de pie.)* ¿Qué dices?

DIEGO.—Que me das una sorpresa muy desagradable y que voy a tener que marcharme para volver cuando tengas más calmadito el humor. *(Ella se vuelve a sentar.)* No vale la pena de tener una amiga tan mal humorada.

CORAL.—Pues vete, vete.

DIEGO.—Sí, mujer, sí, descuida; me voy. Que te alivies, ¿eh? Ya volveré cuando haya pasado. *(Medio mutis.)*

CORAL.—Como si no quieres volver nunca.

DIEGO.—*(Volviendo iracundo.)*—Nunca, no; insolencias no se las tolero a nadie. Yo vuelvo aquí siempre que me dé la gana, ¿entiendes? Porque ésta es mi casa; y el día que quiera, te echo yo de ella, ¿entiendes?

CORAL.—Sí, entiendo que eres mezquino y grosero.

DIEGO.—¡¡Coral!!

CORAL.—Y me iré yo antes de tu casa.

DIEGO.—¡Bah, mientes! ¡Tampoco te creo!

CORAL.—¿Que no?

DIEGO.—No. Las personas como yo no se encuentran en las esquinas; quien te dé lo que yo te doy: una casa como ésta, un lujo como el que gastas, no se encuentra así tan fácilmente, y tú lo sabes. Ya lo pensarás mejor. No eres tan imbé-

til, para irte y perderlo todo por un capricho.

CORAL.—¡Oh!

DIEGO.—De engañarme, sí; de eso tal vez pudieras ser capaz; pero, entonces... Ten cuidado, Coral; ten cuidado. ¡Bah! *(Mutis. lateral izquierda.)*

CORAL.—*(Corriendo a la puerta.)*—¡Miserable, canalla! ¡Oh! *(Gritando.)* Araceli, María, aquí pronto.

ESCENA XIII

CORAL, MARÍA y ARACELI.

ARACELI.—*(Saliendo, desolada.)*—¿Qué pasa, Coral, qué pasa?

CORAL.—Ese canalla se marchó. Hemos roto.

ARACELI.—¡Coral, por Dios!

MARÍA.—¿Pero es que sabe...?

CORAL.—Sospecha, pero no me importa. Mira, María. Yo necesito dinero ahora mismo. *(Corre al escritorio y coge la joya del Marqués.)* Esta alhaja es mía; puedo hacer de ella lo que quiera. Me la ha regalado el Marqués. Corre y empéñala.

MARÍA.—¡Pero, Coral; escucha, pero...!

CORAL.—¡Que vayas, te digo; no me desesperes; no me vuelvas loca, que vayas!

MARÍA.—¿Pero cuánto voy a pedir?

CORAL.—Lo que te den; pero pronto. Anda, anda. *(La empuja y hace hacer mutis foro.)*

ARACELI.—¡Pero chiquilla!

CORAL.—Calla, calla. ¿Me quieres tú a mí con toda tu alma?

ARACELI.—¿Pero lo dudas, mujer?

CORAL.—Pues anda, ve y tráeme un sombrero sin que ésa se entere.

ARACELI.—Ahora mismo. *(Medio mutis.)* ¿Te tengo que acompañar?

CORAL.—No. Tráeme el sombrero, anda. *(Mutis* ARACELI *foro.* CORAL *escribe rápidamente una carta.* MARÍA *sale por el foro con una mantilla o con un velo.)*

MARÍA.—Aquí estoy ya. ¿Tú lo has pensado bien?

CORAL.—No tengo nada que pensar. *(Dándole el paquete con la alhaja.)* Corre, pronto. Saca lo más que puedas, y vuelve en seguida.

MARÍA.—Bueno, mujer, bueno. *(Haciendo mutis por la izquierda.* CORAL *se empieza a poner con mucha prisa los guantes, que ha sacado del bolso, y aparece por el foro* ARACELI *con el sombrero.)*

ARACELI.—Aquí está.

CORAL.—Tráelo. *(Se lo empieza a poner, y un gabán de pieles, que también habrá traído.)* Tú esperas aquí a María, y luego, a mí.

ARACELI.—¿Pero te vas a ir?

CORAL.—Vuelvo, no te apures; tú espera. Ven-

drá el Marqués de Villalibrada; dale esta carta.

ARACELI.—¿Pero dónde vas? A ti te va a pasar algo malo.

CORAL.—Me va a pasar algo muy bueno. Lo mejor que podía pasarme.

ARACELI.—¡Ay, Coralito; tengo miedo! *(Rompe a llorar.)*

CORAL.—*(Besándola.)*—No llores tú, tita querida, no llores

ARACELI.—Pero ¿es que has empesado a empeñar tus cosas? Eso tiene mala pata. ¿Es que vas a ser pobre?

CORAL.—Sí, tal vez voy a ser pobre; pero voy a ser feliz. Espera, espera. *(Mutis por la lateral, mientras* ARACELI *queda angustiada llorando y cae el telón.)*

3'45
105'00
108'75
45'00
153'75

L
m
m

L
m
m
J
J
J
J

5
5
5
35
90

ACTO TERCERO

Gabinete de un departamento en el Gran Hotel de Cádiz. La puerta de entrada al foro, casi en el ángulo izquierdo. A la derecha del foro, pared horizontal paralela al público, y en ella, a todo lo largo del trozo de pared, que es muy corto, un diván. La lateral derecha corre oblicuamente para unirse a otra pequeña pared vertical. En medio de la pared oblicua, puerta que se supone da al dormitorio. En la primera derecha, una silla. A la izquierda de la puerta del foro, en el rincón, otra silla. En la lateral izquierda, mirador de cristales saliente un medio metro, pero recto. En el hueco del mirador, un sillón y una mesita con un paño blanco y útiles de tocador de señora. En primer término, a la derecha, junto a la silla que está en la lateral, otro sillón igual al que está en el mirador. En primer término, a la izquierda, una mesa con recado de escribir y una silla. Las dos puertas son de cristal pavonado o de trozos de espejo, de tal suerte, que no se pueda ver al través de ellos, y están encuadrados en madera formando el estilo esquizado o ajedrezado. El tono de la decoración es blanco y gris, corriente, como el de un Hotel, y todo da la sensación de que vive allí gente que va de paso.

ESCENA PRIMERA

Coral, luego un Maître de Hotel y un Mozo que no habla. Coral, calzada y peinada ya como para salir, trae sobre el fuste o falda bajera y el corpiño, una ligera bata o kimono. El Maître de Hotel de frac y el Mozo con

chaleco y delantal de faena. Al levantarse el telón, CORAL estará de pie en el mirador abrillantándose las uñas con un *polissoire*, cuando oye unos golpes en la puerta del foro.

CORAL—Adelante.

MAÎTRE.—Este telegrama para la señorita.

CORAL.—*(Cogiéndolo.)* — Gracias. *(Mientras lo firma, dice al* MAÎTRE:) Aguarde, por si hay respuesta. *(Leyendo el telegrama con una cara de gran satisfacción.)* ¡Ah, al fin! *(Al* MAÎTRE:) Nada, nada. Muchas gracias.

MAITRE.—La señorita, ¿ha decidido ya marcharse hoy? Lo pregunto porque como anoche, después de haber hecho sacar los baúles al pasillo, dijo que todavía no estaba segura...

CORAL.—Sí, sí; nos marchamos hoy; me marcho hoy. ¿A qué hora sale el vapor?

MAÎTRE.—Tiene anunciada la salida para las cinco, señorita; pero regularmente no zarpará antes de las seis de la tarde. Si a la señorita le parece que saquemos también el baúl de camarote, para tenerlo todo listo... Son ya las tres.

CORAL.—Sí, sí. Pueden sacarlo.

MAÎTRE.—Está muy bien. ~~Voy a llamar al mozo~~. *(Hace mutis.* CORAL *sigue, mientras tanto, leyendo otra vez el telegrama, lo deja sobre la mesa del centro y empieza a llevarse, desde la mesa del mirador, frascos de perfume, la polvera y otros objetos de tocador. y los va guardando en una maleta que estará abierta sobre el diván del*

fondo. En la puerta del foro llaman con la mano otra vez.)

CORAL.—Adelante. *(Entra el* CRIADO *seguido del mozo.)* Pasen a la alcoba; ya está cerrado el baúl. *(El* CRIADO *y el mozo hacen mutis por la puerta achaflanada, que dejan abierta, y vuelven a salir, trayendo un baúl ropero de esos modernos, que se llevan. A poco vuelve el criado.)*

CRIADO.—¿Tiene algo más la señorita?

CORAL.—No, nada más. *(Medio mutis del criado.)* Dígame: ¿sabe si el señor don José Fernando está en su habitación?

CRIADO.—No, señorita; pero puedo preguntar.

ESCENA II

DICHOS y JOSÉ FERNANDO, por el foro, que abre sin llamar.

JOSÉ.—¡Hola!

CORAL.—*(Al* CRIADO.)—¡Ah! Ya no hace falta.

CRIADO.—Con permiso.

JOSÉ.—*(Al* CRIADO.)—Si es usted tan amable de hacer que me traigan a esta habitación un café, que deben de haber llevado a la mía...

CRIADO.—Señorito. ¡No faltaba más! Yo mismo se lo traigo. *(Mutis, cerrando la puerta. Apenas se ha ido el* CRIADO, CORAL *echa los brazos al cuello a* FERNANDO *y lo besa apasionadamente.)*

CORAL.—¡Estoy más contenta...!

José.—¿Sí? ¿Nos vamos? ¿Has tenido noticias?

Coral.—Mira. *(Le entrega el telegrama.)*

José.—*(Leyendo.)*—"Salgo con la chica en el *express*. Encantada. Muchas gracias. Besos. *María.*" Pues dentro de una hora estarán aquí.

Coral.—¡Ay! ¡Me parece mentira tanta felicidad! Contigo y con mi hija lejos.

José.—Conmigo, con tu hija y con tu fiel María; pero nada más, ¿eh?

Coral.—¿Qué quieres decir?

José.—Que de la casa no te llevas nada, nada. Ni una joya, ni un trapo. Para ser felices, con lo nuestro basta. Dividiremos con mi madre nuestro pan y nuestro amor.

Coral.—Sí, Fernando, sí.

José.—Y así podrás decir, como uno de los sabios de Grecia: "Omnia mecum porto."

Coral.—¿Qué jerigonza es esa?

José.—No es jerigonza, que es buen latín, y quiere decir: "Todo lo mío lo llevo conmigo."

Coral.—Pues tú eres quien pudiera decirlo.

José.—¿Yo? Será por ti...

Coral.—Por mí... y por los míos. ¿No van a ser tuyos también? ¿No?

José.—Sí. Coral, míos..., mientras yo sea tuyo.

Coral.—¿Mientras...? ¿Es que piensas que puedas dejar de serlo?

José.—Porque tú ya no me quisieras.

Coral.—Yo te querré siempre, porque no he

querido nunca a nadie como te quiero a ti. Y estas palabras, "siempre", "nunca", jamás sonaron con más fuerza en mis labios; jamás me brotaron tan decididas del corazón. Siempre, para quererte; nunca, para olvidarte.

(Llaman otra vez a la puerta.)

JOSÉ.—Adelante.

CRIADO.—*(Con el servicio de café.)*—El café, señorito. *(Lo deja encima de la mesa.)*

JOSÉ.—Muchas gracias.

CRIADO.—Con permiso de los señores. *(Mutis.)*

JOSÉ.—*(Sentándose ante la mesa a tomar el café, que le sirve* CORAL.*)*—Pues todo va como sobre ruedas. El barco ya está anclado, y es hermosísimo. El ha de llevarnos a la felicidad. *Se mon embarquement pour Cythère.*

CORAL.—¡Caramba, chico! Hoy te has levantado políglota.

JOSÉ.—Es que quisiera gritar mi alegría en todos los idiomas. ¿Ves como eran vanos todos tus temores? Las dos mujeres que quedaban en tu casa me inspiraban a mí más confianza que a ti. Yo tenía la seguridad de que no hablarían.

CORAL.—Yo también; pero de Rafael no podía pensar lo mismo. Si él se empeña, por la violencia, le hubiera hecho confesar a Araceli nuestro plan.

JOSÉ.—Pero no hubieran podido frustrarlo, a lo menos por mí.

CORAL.—Pues por mí, tampoco; pero tenía miedo.

JOSÉ.—¿Miedo?

CORAL.—A él, no. No es cobarde, ni mucho menos; pero no creo que haga nada, mitad por orgullo, mitad por miedo al escándalo. El es muy mirado, piensa en su familia y en su posición. Si por eso no se casó conmigo, no es lógico pensar que vaya a dar un escándalo ahora, y además yo me he prevenido. Y, sin embargo, tenía miedo. Miedo de mí misma, por lo que hubiera sido capaz de hacer por defenderme. Hoy me siento capaz de todo, Fernando mío, y tengo una gran reserva de energías, acaso porque durante mucho tiempo he tenido que esconderlas y que vencerme a mí misma. En fin, se nos va el tiempo hablando. Voy a acabar de arreglarme y nos marchamos juntos a la estación. Me esperas aquí, ¿verdad?

JOSÉ.—Sí, mi vida, aquí te espero. (CORAL *hace mutis por la puerta achaflanada y cierra tras sí.* JOSÉ *toma dos sorbos más de café, y luego se levanta para ir a la butaca de la derecha, donde hay un número de* Nuevo Mundo, *que coge y se pone a leer, sentándose en la butaca.)*

ESCENA III

JOSÉ FERNANDO y DIECO, que entra por el foro abriendo sin llamar y, al ver a JOSÉ FERNANDO, se queda inmóvil y sorprendido con una hoja de la puerta aun en la mano.

José.—*(Que se levanta sobresaltado ante la violencia con que abren la puerta sin llamar.)*—¡Eh! ¿Quién? (Diego *se queda inmóvil.) (Repuesto.)* ¡Caballero...!

Diego.—¡Así, caballero, que es un caballero el que ha entrado *(Poniendo mucha intención en sus palabras.)* y no un ladrón!

José.—Pues me extraña mucho...

Diego.—¿Que haya entrado sin llamar? A mí también me extraña encontrarle a usted en una habitación que no es la de usted.

José.—Ni la de usted.

Diego.—Pero yo he preguntado abajo por quien quería preguntar; me indicaron este número, y he entrado, porque tengo toda la confianza que hace falta con la persona que vive en esta habitación. De manera que no soy yo el intruso.

José.—Pues por ahora, sí.

Diego.—Además, no es con usted con quien deseo hablar, ni le conozco a usted, ni sé quién es usted, ni me importa.

José.—Ni a mí tampoco. Está muy bien. *(Coge el sombrero y se lo pone.)*

Diego.—Se marcha usted, ¿eh?

José.—No, señor; mientras usted no se marche, no. Me he propuesto imitarle a usted en todo, tengo ese capricho, y empiezo desde ahora, cubriéndome.

Diego.—*(Vencido, pero sin dejarse dominar, se descubre.)*—Por respeto a mí mismo, no a us-

ted; que a mí nadie me da lecciones de educación.

José.—*(Descubriéndose a su vez.)*—Ni yo pretendo darlas; pero no dejo que nadie me menosprecie. Usted es un hombre, y yo soy otro, y tengo, para estar aquí, los mismos derechos que usted; ni más, ni menos.

Diego.—¡Acabemos, señor don José Fernando!

José.—¡Ah! ¿Sabía usted quién soy, señor Vizconde?

Diego.—Sí. Y puesto que su actitud y su tono me dicen lo que yo no esperaba, que voy a encontrar enemigo, vamos a tener cuanto antes la explicación que hace falta.

José.—Aquí, no.

Diego.—Aquí, fuera de aquí, y donde usted quiera. La señorita Coral Ji...

José.—Un momento. La señorita Coral Jiménez ha dicho usted, y ha dicho usted bien: señorita; eso es: señorita. Yo no soy de ella más que un amigo, nada más; el hecho de vivir en otra habitación se lo demuestra a usted claramente...

Diego.—¡Oh!

José.—Pero usted tampoco es más; atrévase a decirme que es otra cosa, usted, que se llama caballero; atrévase, atrévase.

Diego.—No, no soy más; pero usted es un miserable y un canalla, y... *(Viendo a* Coral, *que aparece en la puerta del fondo derecha.)* ¡Ah, Coral, tú!...

José.—¡Salga usted, salga usted, le digo! Aquí no podemos...

ESCENA IV

Dichos y Coral, que sale ya vestida de calle, pero sin sombrero.

Coral.—Yo, sí. No te acerques.

Diego.—Es que yo...

José.—*(A* Diego.) —¡Perdóneme usted! *(A* Coral.) Este caballero y yo debemos tener una explicación, y aquí no es posible.

Diego.—Pues vamos.

Coral.—¡Quietos! No vais a ninguna parte; no tenéis explicaciones en ninguna parte.

Diego.—¡Coral, Coral, lo que tú has hecho conmigo...!

José.—Es que yo no puedo tolerar...

Coral.—Quien no puede tolerar esta situación, soy yo. No me vais a obligar a que grite, a que pida auxilio, a que dé un escándalo.

Diego.—¡A mí me tiene sin cuidado!

Coral.—Pero a mí, no. Lo que haya que explicar, se explica aquí, a solas, sin comedia y sin escándalo, sin darle tres cuartos al pregonero. Y, además, no tenéis que explicaros nada, ni que de-

ciros nada, ni que pediros cuenta de nada; si a alguien hay que pedir cuentas, es a mí.

DIEGO.—Y a ti vengo a pedírtelas.

JOSÉ.—Delante de mí, ¡no!

CORAL.—Te ruego que te calles.

DIEGO.—¡Oh, basta! Esta situación es insostenible. Sígame usted.

CORAL.—¡He dicho que no! Y si creéis que vais a reñir por mí, os equivocáis. Por mí no podéis reñir. ¡No podéis reñir! No hubo ninguna relación jamás entre vosotros, y sigue no habiéndola. ¡Pues no faltaba más! De haberla habido, podriais reñir por la propiedad de una casa, de unas tierras, de un objeto, hasta de un perro; de una mujer, no.

DIEGO.—¡Es verdad! Por una mujer como tú, ¡no vale la pena!

JOSÉ.—¡Cállese usted, o no respondo...!

CORAL.—¡Cállense los dos! Valga o no valga la pena, es mi dignidad la que se revuelve, y no os dejo reñir. ¿Es que las mujeres somos cosas? ¿Es que no tenemos voluntad? ¿Es que vamos a estar siempre a merced de vuestras pasiones, de vuestros caprichos y de vuestras bravuconadas? ¿Qué es lo que vais a disputaros? ¿Mi amor? Y yo, yo, ¿no cuento, no valgo nada, no significo nada?

DIEGO.—Tú...

CORAL.—¡Ah, no! Yo tengo mi voluntad, y estoy dispuesta a hacerla valer, cueste lo que cueste; y si mi voluntad dispone, y si mi corazón es quien

ha de hablar y no vuestro capricho, es insensato, ridículo e inútil que salgáis a reñir, porque si vence quien yo quiero, le adoraré por héroe, y si quien yo quiero es vencido, le adoraré por víctima.

DIEGO.—Es que yo...

CORAL.—Tú no eres ya nada para mí.

DIEGO.—¡Coral...!

CORAL.—¡Nada! Y como estoy en mi casa, te digo que salgas de ella inmediatamente.

DIEGO.—¿A mí?

JOSÉ.—¡Salga usted!

DIEGO.—¡Con usted, cobarde!

CORAL.—*(Cogiendo a* FERNANDO, *que ha hecho un movimiento.)*—¡Quieto, o me pierdes para siempre!

DIEGO.—¡Basta! He venido, como los hombres, a reclamar lo que es mío, a disputarle lo que es mío a quien quiere quitármelo...

CORAL.—Nadie te quita nada; soy yo quien se te va.

DIEGO.—¡Ah, miserable! *(Lanzándose sobre ellos.)*

ESCENA V

DICHOS y el MARQUÉS, que abre la puerta y da un grito al presenciar la escena.

MARQUÉS.—¡Diego! ¡Muchacho! *(Yendo casi al centro de la escena.)*

CORAL.—¿Usted también, Marqués? ¡Usted...! ¿Pero entonces...?

MARQUÉS.—Yo también, gracias a Dios. Pero ¿qué es esto? ¡Un escándalo así, en un hotel, en un sitio público! ¿Es que habéis perdido todos la razón?

JOSÉ.—¡Caballero, yo...!

MARQUÉS.—¡Buenas tardes, joven! *(Muy severo.)*

JOSÉ.—Buenas tardes, y usted perdone.

DIEGO.—Los hechos se lo dicen a usted todo, Marqués. He sido víctima del engaño de una cualquiera...

JOSÉ.—¡Yo no puedo tolerar...!

MARQUÉS.—¡Callaos, que estoy yo delante! Y si vuestro decoro mismo no os dicta un poco de templanza y de mesura, que os impongan siquiera un poco de respeto mi dignidad y mis canas. (CORAL *ha ido al sillón y ha caído en él llorando.)* ¡Es increíble, es inaudito! *(A* DIEGO:) Iba a tu casa a buscarte; tu chalán, tu empleado, me informó allí de que habías salido en *auto;* algo muy grave me dijo a mí el corazón, y he llegado a tiempo, gracias a Dios. ¿Cómo has podido descender hasta esto, cómo has podido olvidarte así de ti mismo, de tu dignidad, del respeto que te debes? ¡¡Qué vergüenza!!

DIEGO.—¡Por vergüenza, por eso! Y esto no puede quedar así, Marqués; yo necesito una explicación.

José.—Conmigo.

Diego.—Con ella. A usted, yo no le conozco, y, sobre todo, puede buscarme después.

José.—Es que...

Marqués.—¡Calma! Estas cosas no se arreglan así.

Diego.—Coral me debe una explicación, Marqués.

Marqués.—Y la tendrás.

José.—¡Delante de mí!

Marqués.—¡No! Delante de mí.

José.—Es que yo no puedo salir de esta habitación.

Marqués.—Es que la señorita Coral le va a usted a suplicar ahora mismo que salga, y yo le garantizo que puede usted salir sin que sufran menoscabo ni su dignidad ni su honor. *(A* Coral:) Es necesario; cuanto antes, mejor.

Coral.—*(A* José.)—Ve, te lo ruego. Paga la cuenta abajo. Ve a la estación a recibirlos; entreténlos... Que se lleven los baúles. Vuelve, y mándame llamar.

Diego.—¡Oh, eso...!

Marqués.—*(Conteniéndolo.)*—¡Calma! Tú no digas una palabra.

José.—Coral, tú me pides...

Coral.—Yo cumpliré lo que te he prometido. ¿Es que no tienes confianza, o es que dudas?

José.—¡Oh, no...!

Marqués.—¡Basta, basta!... ¡Salga usted, jo-

ven! (JOSÉ *hace mutis mirando intensamente a* CORAL.)

ESCENA VI

CORAL, MARQUÉS, DIEGO y después el MAÎTRE.

MARQUÉS.—Y ahora, vamos a ver. Venga esa explicación, ya que tú la quieres..., y no prolonguemos esta escena inútil, absurda y ridícula...

CORAL.—No hay nada que explicar, Marqués.

DIEGO.—¿Nada? ¿Crees tú que no hay nada? ¡Claro! Es que tú eres...

MARQUÉS.—¡Eh, cuidado, Diego! Explicación es una cosa; insulto, otra, y ni tú eres capaz de insultar a una mujer, ni yo de tolerarlo. ¿Ha de hablar ella? Pues que hable, y tú escuchas, y después veremos...

DIEGO.—¿Pero es que yo, yo, ofendido, engañado, traicionado vilmente...?

MARQUÉS.—¡Calma, calma!

DIEGO.—¿Yo no puedo ni protestar, ni quejarme siquiera?

MARQUÉS.—¿Te parece digno quejarte?

DIEGO.—¡Ah, no! Pues si no puedo vengarme, porque me quitáis al enemigo, y ésta es... ¡una pobre mujer...!

MARQUÉS.—¡Diego...!

DIEGO.—¡Una pobre mujer! Yo no insulto.

¿Qué quiere usted que haga? ¿Que me encoja de hombros, que lo tolere?

MARQUÉS.—Que lo llores, si no puedes evitar el llorarlo; pero no aquí. ¡Yo no sé qué decirte, hijo mío!... Yo... te diría que el amor se ácaba... sí, como se acaba la vida; y es fatal, y necesario, y lógico que se acabe; y cuando no lo sustituyen la estimación y el cariño...

CORAL.—Lo que nunca tuve...

DIEGO.—¿Que no tuviste...?

MARQUÉS.—¡Callaos, digo! Cuando al amor no lo sustituye eso, se acaba sin remedio.

DIEGO.—Cuando no fué amor, sino otra cosa...

MARQUÉS.—Y cuando fué amor, también. Perdonadme si hablo demasiado y no os doy lugar a explicaros; pero es que no quisiera que hablarais vosotros, porque no quisiera oiros. Si hemos convertido, no tú solo, todos, hombres y mujeres, el placer de amar en la pena de llorar, es por haber introducido en él...—no sé, daría algo porque me entendierais y porque sintierais la verdad de cuanto digo—, es por haber introducido en el amor el factor tiempo, y haberle pedido al amor la constancia y la eternidad, que son monstruosas, por contrarias a la vida, puesto que si la vida acaba, también debe acabar el amor, y acaba antes.

DIEGO.—¡Oh, eso...!

MARQUÉS.—¡No me interrumpas, te lo ruego! *(Ella le oye con extraordinaria atención.)*—¡No me interrumpas! No exigiendo constancia—que

no es lo mismo que fidelidad—, no exigiendo constancia, que es lo que entristece al amor, el amor de una persona por otra puede durar un año, un mes, un día, una hora; y como la duración nada tiene que ver con la intensidad ni con la calidad del sentimiento, tan amor habrá sido durante trescientos sesenta y cinco días como durante sesenta minutos.

DIEGO.—¡Oh, Marqués!... ¿Es que ha venido usted aquí a justificar con absurdos y filosofías trasnochadas una conducta que no tiene justificación posible? ¿Es que viene usted a abogar por esta... loca o desgraciada, que...

MARQUÉS.—No; es que ya que he venido, y tan a tiempo, quiero salvarte, quiero salvaros a los dos.

CORAL.—¿A mí también? ¿Salvarme a mí? ¿De qué?

MARQUÉS.—A ti también. A ti, salvarte en lo futuro; a éste, en el presente. Y deciros a los dos —como quisiera decírselo al mundo entero—que hay que devolverle al amor toda su libertad, y toda su alegría, y ahogar los celos... así, ahogarlos, porque todas las penas del celoso se fundan en el amor propio, y todo amante, hombre o mujer, prefiere ver muerto al amado antes de verlo feliz en otros brazos; y hay que renegar de la brutalidad y del egoísmo que supone este linaje de sentimientos, en que nos abandonamos demasiado a la imposición de los sentidos y del instin-

to, y proclamar la legitimidad del derecho a dejar de amar.

CORAL.—¡Ah...!

DIEGO.—¡Qué exclamación! ¡Cómo te honras...!

MARQUÉS.—Sí, sí, sí, lo digo una y mil veces: proclamar el derecho a dejar de amar a uno para amar a otro, y persuadir a todos los amantes de que cuando uno de los dos dice sencilla y francamente: ya no te quiero, no hay en estas palabras ni injuria personal, ni vergüenza, ni deshonra, ni ridículo. Y ahora, ya puedes decirle que no le querías. Díselo; yo te apoyo; dile, di tu verdad; habla, díselo, ya que los hechos no le bastan.

DIEGO.—¡Sí, sí, habla, habla! Es a ti a quien quiero oír. Son tus monstruosidades hechas palabras las que necesito oír para odiarte con toda mi alma... ¡Habla...!

MARQUÉS.—¡Sí, habla; sí...!

CORAL.—¿Para qué? Ni usted le ha convencido, ni yo le convencería, ni nadie convence a nadie... cuando se trata de sentimientos.

DIEGO.—¿Sentimientos, dices? ¡Tú no tienes ninguno!

CORAL.—Para ti, no; en tu opinión, no; en la mía, sí. No me entenderías; por eso no quiero explicarme. No vale explicar lo que sólo uno puede sentir... Estamos solos, completamente solos, y somos cada uno un mundo que nadie puede descubrir. La razón de cada uno es... para cada uno, para nosotros mismos; y de lo que pasa en mi

alma, como de lo que pasa en la tuya, tú sólo para ti y yo sólo para mí entendemos, y Dios; y nada vale hablarle a nadie en un idioma que no puede entender. Todos tenemos razón, todos, todos, según nuestro sentir y nuestro modo de ser; y yo tengo las mías para hacer lo que he hecho, y tú las tuyas para tratarme... como tratabas.

DIEGO.—¿Como te trataba? ¡Pero es que aún pretendes justificarte...! ¿Usted oye esto? ¿Usted ve esto, Marqués?

MARQUÉS.—Veo y oigo... ¡y sé que ya nunca podréis entenderos!...

DIEGO.—¡Nunca, nunca, mientras ella mienta e invente en mí maldades que nunca tuve con ella!... Le dí cuanto quiso, cuanto pidió; satisfice todos sus caprichos...

CORAL.—¡Ah! ¿Ves como no puedes entenderme? ¡Que me diste tú...!

DIEGO.—¡Cómo...!

MARQUÉS.—¡Calma, calma, por favor...!

CORAL.—¡No, Marqués, no! Ya no puedo tenerla; es preciso que esto acabe... ¿Qué me diste tú? Una casa muy bien puesta, ¿verdad? Una mesa magnífica, ¿verdad?... Pero no vivías en mi casa, ni te sentabas a mi mesa conmigo, porque no querías, porque te avergonzaba... Yo tenía joyas, *auto,* dinero... pero no tenía respeto ni amor. Eras el dueño...

DIEGO.—¡Oh! ¡Pero, Marqués...!

CORAL.—¿No querías explicaciones? Pues aho-

ra me oyes, por todo lo que sufrí; ahora tú, el amo, oyes a la cosa alquilada, a la cosa comprada, que era una mujer, que es una mujer, y que se revuelve contra ti, contra el negrero...

MARQUÉS.—¡Coral... yo te ruego...!

DIEGO.—¡Déjela usted, déjela dar rienda suelta a todos sus sentimientos plebeyos...!

CORAL.—¿Plebeyos? Pues bien; sí, plebeya; señor Vizconde, mi ex amante, mi ex amo, yo, plebeya, me revuelvo contra ti como mujer y como pueblo, y me vengo a mí misma y vengo a toda mi clase.

MARQUÉS.—¡Coral...!

CORAL.—¡Perdóneme, Marqués, perdóneme!... *(Echándose en brazos del* MARQUÉS.*)* Usted sí es noble; usted si es bueno; usted, sí... ¡Perdóneme!... Pero yo no he sido para él la mujer, sino la entretenida, la concubina...

MARQUÉS.—¡Coral, por Dios!

CORAL.—¡Eso, eso, pero no la mujer! Yo no sabía ni de sus negocios ni de su vida; él sólo venía cuando su torpeza de amo, de hombre que paga, me necesitaba para su placer o para su vanidad; y cuando yo tenía un ansia, una alegría, una tristeza, ganas de comunicarle a alguien mis sentimientos, no hallaba a quien volverme, y había de hablar con las paredes. Las señoras de la sociedad, las señoritas solteras, las mujeres casadas, eran demasiado para mí. Las queridas de sus amigotes no podían tener relación conmigo porque

eran muy poco para mí. Y allí estaba yo sola, con mi hija sin padre, en el hogar sin marido; sola, sin amor y sin honor; hablando, y riendo, y llorando para los muebles de mi casa, para mis sedas y para mis brillantes, que eran el precio de mi degradación y de mi vergüenza. ¡Ah, no, no; basta, basta! Yo quiero limpiarme; aun es tiempo. ¡Yo quiero ser buena, Marqués, yo quiero ser buena!

MARQUÉS.—¡Bueno, bueno, calla! Me parece que ya es bastante, que ya no tenéis nada que deciros... Esta situación...

DIEGO.—Que decirnos, ¡tal vez no! Que devolvernos...

CORAL.—¡Mucho, sí! Yo, todo lo tuyo; tú, mi libertad... En tu casa, en poder de Araceli, que te lo devolverá, está todo... joyas, trajes, muebles... Lo gastado no puedo devolverlo. Mientras a tu lado estuve, me mantuviste; ya no he de estar a tu lado, ya nada he de costarte, y en paz.

DIEGO.—¿Y no te parece torpe y brutal todo lo que dices?

CORAL.—Yo no lo sé. Sólo sé que es cierto y es justo; y si ninguna mujer se ha atrevido a decirlo antes, lo digo yo ahora. Alguna había de ser. ¡Esclava, no; para toda la vida, no!

MARQUÉS.—¡Basta, basta, Coral!

CORAL.—¡No, no, eso sí que no! Porque hay algo en mí que ni se compra ni se vende; y si mi condición de no casada me pone al margen de la sociedad, de tu sociedad, porque no me creíste

digna para encadenarme con un contrato y con una bendición, compénsame en algo, y déjame siquiera mi libertad.

MARQUÉS.—¡Sí, déjala ya... que se marche!...

DIEGO.—Pues bien...

CORAL.—¡Ah...!

DIEGO.—¡Que se vaya lejos, donde no la vea más! ¡Que se marche...! Pero sin mi hija...

CORAL.—¡Eh!... ¿Qué dices...?

MARQUÉS.—Pero, vamos a ver...

DIEGO.—Un momento. Yo he venido aquí a algo, y he de cumplir mi propósito. Entre tú y yo nada puede haber ya. Pero hay una hija.

CORAL.—¡Mía, mía!

DIEGO.—Mía también; y ahora, más mía, porque no puede vivir contigo ni sufrir tu ejemplo. Ahora, si tú prometes no ver más a ese hombre, si le dejas ahora mismo, yo, que jamás volveré a ti, óyelo bien, te doy todo lo tuyo, y a tu hija también... Si no...

CORAL.—Si no ¿qué...? ¿Me quitas a mi hija? ¡A mi hija, a la cual no le diste tu nombre!

DIEGO.—Se lo daré ahora...

CORAL.—¡Oh, ahora! ¿Lo oye usted, Marqués? ¡Ahora! Lo que no hizo por amor y por deber, lo quiere hacer ahora por despecho y por celos... Pues ¡no, no! ¡Ahora, no! ¡Ahora, no! ¡Mi hija es mía; no tiene padre; mi hija es mía...!

DIEGO.—¡Pues yo te la quitaré a la fuerza, con la ley!

CORAL.—Y yo la defenderé a arañazos, a puñadas, a bocados si es preciso.

DIEGO.—No podrás.

MARQUÉS.—¡Calma, calma...!

CORAL.—Sí; y maldeciré de la ley, del Código, de la sociedad, ¡qué sé yo!, de todo este estado de cosas, por lo visto, hechas para proteger al fuerte contra el débil, al hombre contra la mujer, y a la mujer y al hombre contra el niño.

MARQUÉS.—¡Calla, calla...!

CORAL.—Pero ¡no puede ser, no puede ser...! Yo no puedo creer que... *(Tocan en la puerta.)*

MARQUÉS.—¡Quién!

MAÎTRE.—*(Dentro.)*—Si la señora está lista... La esperan abajo.

CORAL.—Voy en seguida...

DIEGO.—¡Oh, eso...!

MARQUÉS.—¡Quieto! ¡Quieto, digo! No intentarás agredirme...

DIEGO.—No, pero...

MARQUÉS.—Por tu madre, Diego; por tu nombre, por la memoria de tu padre... ¡déjala marchar!... ¡Vete!... ¡Es inútil, es un oprobio!... ¡Vete!

CORAL.—¡Adiós...! *(Mutis foro.)*

DIEGO.—¡Se va!... ¡Se va!... ¡Y usted ha consentido esto!... ¡Se va!...

MARQUÉS.—¡Tenía que ser! Llórala, si quieres, pero...

DIEGO.—¡No, llorar, no; odiarla, odiar su re-

cuerdo; ir a Madrid, recogerlo todo, quitarle todo, hasta el último alfiler...!

MARQUÉS.—¡No, muchacho, no! Si no lograste apoderarte de su corazón, que era lo único que debiera haberte interesado, ¿qué te importa lo demás? Sé generoso. Si te amó, su amor no tenía precio; si, sin amarte, te aguantó seis años, ese martirio tampoco tiene precio, créeme a mí. Tú se lo dejas todo; tú me lo regalas a mí todo ante notario, y yo se lo regalo a ella, y así lo podrá aceptar. ¡Que sean felices!

DIEGO.—No me diga usted eso, ¡por Dios!

MARQUÉS.—Serán felices, debes oírlo y debes creerlo; las dos cosas te aprovechan. En la vida, para amar, para trabajar, para lograr algo, para crear una obra de arte, hay que darse a ello por entero, con una exaltación de loco o de suicida, con un deseo de morir, y entonces se vive y se triunfa. Así se han dado ellos a su sueño de amor, y serán felices.

DIEGO.—¿Y yo?

MARQUÉS.—Tú, a viajar conmigo, a recorrer el Mundo, a olvidar y a aprender; tú la perdiste porque eras un niño; él se la llevó porque era un hombre. Vamos a hacernos hombres, aprendiz. Empieza ahora. Olvida y fuma. Anda. Los hombres en las grandes tribulaciones, fuman; anda, empieza. *(Enciende el cigarrillo. Sale el* MAÎTRE *y pregunta.)*

MAÎTRE. — ¿Los señores van a quedarse con esta habitación?

DIEGO.—No.

MARQUÉS.—Sí, sí; nos quedamos con ella. ¡Ah! Y oiga, haga el favor de subir dos *whiskys* con soda.

DIEGO.—No, yo, no.

MARQUÉS.—¿Coñac, entonces?

DIEGO.—Bueno.

MARQUÉS.—¡Ah! Un *whisky,* un coñac y soda.

MAÎTRE.—Sí, señor. *(Mutis.)*

DIEGO.—Y ahora, ¿qué dirán? ¿Se burlarán de mí?

MARQUÉS.—¡Eso también! ¡Bah! *(Acercándose a él y poniéndole la mano en el hombro.)* ¡Deja esa vanidad! ¡Calla la voz de tu instinto! No seas..., perdona la brutalidad, no seas macho y sé persona. Anda, anda. *(Le enciende el cigarrillo.)* ¡Ah, ah! ¡Así! Fuma, mira los arabescos del humo. *(Empieza a pasearse de un lado a otro del escenario.)* Eso distrae como ver correr el agua. Olvida, domínate, renuévate... ¡renace!

TELON

FIN DE LA COMEDIA

OBRAS DE FELIPE SASSONE

PROSA

Malos Amores. Novela, 1906.
Almas de Fuego. Cuentos, 1907.
Vórtice de Amor. Novela, 1908.
De un Errante. Crónicas y Viajes, 1910.
La Espuma de Afrodita. Novela, 1916.
En Carne Viva. Novelas y Cuentos, 1916.
Bajo el Arbol del Pecado. Novelas cortas, 1917.
El Tonel de Diógenes. Novela, 1918.

VERSO

Rimas de Sensualidad y de Ensueño, 1912.
La Canción del Bohemio y otros poemas, 1918.

TEATRO

El Ultimo de la Clase, 1910. Un acto. Teatro del Príncipe Alfonso (Madrid).
Vida y Amor, 1910. Dos actos. Coliseo Imperial (Madrid).
De Veraneo, 1910. Un acto. Coliseo Imperial (Madrid).
El Grito, 1910. Dos actos. Teatro Victoria Eugenia (San Sebastián).
La Canción de Pierrot, 1911. Un acto. Teatro de Apolo (Buenos Aires).
La Playa de los Amores, 1912. Un acto. Teatro Argentino (Buenos Aires).
El Viaje de los Amantes, 1912. Un acto. Teatro de Apolo (Buenos Aires).

En Acecho, 1912. Un acto. Teatro de Apolo (Buenos Aires).

Hacia el Ocaso, 1912. Un acto. Teatro Avenida (Buenos Aires).

El Miedo de los Felices, 1914. Tres actos. Coliseo Imperial (Madrid).

La Muñeca del Amor, 1914. Tres actos. Gran Teatro (Madrid).

El Intérprete de Hamlet, 1915. Cuatro actos. Teatro de la Princesa (Madrid).

Lo que se llevan las horas, 1916. Tres actos. Teatro Infanta Isabel (Madrid).

La Princesa está triste, 1916. Tres actos. Teatro Infanta Isabel (Madrid).

La Hija de Yorio (D'Anunzio). Traducción, 1916. Tresa ctos. Teatro de la Princesa (Madrid).

Los Ausentes, 1916. Tres actos. Teatro Infanta Isabel (Madrid).

A Campo Traviesa, 1918. Tres actos. Teatro Eslava (Madrid).

La Señorita está loca, 1918. Tres actos. Teatro Eslava (Madrid).

La Vida Sigue, 1919. Cuatro actos. Teatro Eslava (Madrid).

La Rosa del Mar, 1919. Cuatro actos. Teatro Eslava (Madrid).

La Voluntariosa, 1920. Tres actos. Teatro Victoria Eugenia (San Sebastián).

La Noche en el alma, 1920. Cinco actos. Teatro Eslava (Madrid).

Los Nuevos Pobres (Donnay). Traducción, 1920. Tres actos. Teatro Eslava (Madrid).

¡Calla, Corazón!, 1923. Cinco actos. Teatro Cómico (Madrid).

El Amor no se ríe, 1923. Tres actos. Teatro Eslava (Madrid).

La Entretenida, 1924. Tres actos. Teatro Cómico (Madrid).

Precio: 4 pesetas.

Imp. y Talleres de
Sucesores de Rivade